

TODOS ESTÁBAMOS A LA ESPERA

Alvaro Cepeda Samudio

Prólogo de Alfonso Fuenmayor

«Todos estábamos a la espera» es, para mi modo de interpretar las cosas, el mejor libro de cuentos que se ha publicado en Colombia. A otros —tal vez la mayoría— parecerá discutible esa afirmación. Pero sin duda todos estarán de acuerdo en que es el más interesante.

Gabriel García Márquez

Álvaro Cepeda Samudio

Todos estábamos a la espera

ePub r1.0
Titivillus 13.03.2024

Título original: *Todos estábamos a la espera*
Álvaro Cepeda Samudio, 1954
Introducción: Gabriel García Márquez
Prólogo: Alfonso Fuenmayor

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

ÁLVARO CEPEDA SAMUDIO

En Barranquilla —donde las apariencias indican que no se lee, y hay tres librerías en las que Faulkner se agota en 48 horas— Álvaro Cepeda Samudio, un muchacho de 27 años que por lo menos ha pasado diez en los salones de cine y otros diez en los bares, acaba de publicar un libro de cuentos colombianos vividos en Nueva York. Hay algo estrafalario en todo eso, como en la misma persona del autor, que tiene —y él lo sabe, tal vez demasiado— cierto aire de chofer de camión y al mismo tiempo de contrabandista de sueños. *Todos estábamos a la espera*, se llama el libro, ilustrado con unos extraordinarios dibujos de Cecilia Porras, quien parece haber desentrañado a cada cuento su recóndita esencia autobiográfica y ha llenado la edición con retratos de Álvaro Cepeda Samudio vestido de payaso, vestido de estudiante de Columbia, vestido de hombre común y corriente. Álvaro Cepeda Samudio vestido de casi todo lo que él ha sido o ha querido ser en la vida.

No ha sido fácil publicar este libro. Quienes conocen a Álvaro Cepeda Samudio apenas superficialmente, no entienden cómo hace para escribir sus cuentos. Quienes lo conocen más a fondo lo entienden menos. Aunque en alguna parte del mundo haya vivido más de dos años consecutivos, Álvaro Cepeda Samudio no ha permanecido quieto más de una hora en toda su vida. Sus cuentos serían explicables si se demostrara que los ha ido escribiendo de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, en las paredes, en las mesas, detrás de las puertas. Uno no puede entender que un día se haya sentado frente a una máquina y hubiera escrito y luego corregido y por fin puesto en su forma definitiva una cosa tan hermosa y lograda como “Hoy decidí vestirme de payaso”. Pero el caso es que lo ha escrito —y ocho cuentos más— con el mismo cuidado con que ha leído, sin que nadie entienda cómo ni cuándo, a Saroyan y a Faulkner, a Joyce y a Hemingway, y a todo Pío Baroja y Arturo Barea y Benito Pérez Galdós, y a otros muchos escritores heterogéneos, algunos de los cuales tan extraños que parecen inventados por él mismo.

Germán Vargas y Alfonso Fuenmayor, dos compañeros de Álvaro

Cepeda Samudio que si alguna vez en su vida hubieran tenido un millón de pesos ya se lo habrían gastado en aventuras editoriales, fueron quienes en cierta manera le pusieron orden a ese desorden ambulante, atropellado y vital. No sé cuándo se supo que Álvaro Cepeda Samudio escribía cuentos. Se sabía desde hace tiempo que escribía unas cosas extrañas e inteligentes en los periódicos, y que tenía una vocación, un instinto de periodista que le sirvió de pretexto para pasarse dos años en Nueva York, matriculado en la Universidad de Columbia, y en realidad llenándose de personajes en el subway, en los puentes y en los bares, por donde andaba con las mismas camisas a cuadros y los mismos pantalones de mecánico de automóviles que usa en Barranquilla. Un día, después de tanto dar vueltas sin que se sepa realmente alrededor de qué, sin que haya podido poner en práctica sus conocimientos y su vocación de periodista en la forma en que él lo desea, Álvaro Cepeda Samudio dijo que tenía escrita una cantidad de cuentos suficiente como para publicar un libro. De esto hace ya como tres años y desde entonces el libro estaba saliendo sin salir, porque en realidad no se sabía con mucha exactitud dónde estaban los borradores. De algún cine continuo, donde estaba viendo un endiablado salpicón de películas mexicanas con los pies trepados en los asientos del frente, lo desenterraron Vargas y Fuenmayor, para que dijera dónde estaban los cuentos. Fue preciso buscar por toda la costa atlántica una camioneta que Álvaro Cepeda Samudio había vendido el año anterior, y en cuya guantera se habían ido enredados los originales, que ni siquiera figuraban en el contrato. Ahora el libro está en las vitrinas, y me imagino que para que eso fuera posible debieron de tener al autor por lo menos durante ocho días metido dentro de una camisa de fuerza.

Muchas de las personas que dudaban de que Álvaro Cepeda Samudio escribiera cuentos, tendrán que convencerse ahora leyéndolos en el excelente volumen que ha editado y está distribuyendo Librería Mundo, de los Hermanos Rondón, quienes hicieron posible que culminara esta benéfica y necesaria confabulación. Son cuentos, como lo dice el epígrafe, de “hombres y mujeres que yo he visto en un pequeño bar de Alma, Michigan; esperando en una estación de Chattanooga, Tennessee; o simplemente viviendo en Ciénaga, Magdalena”. Porque todo esto empezó en Ciénaga, durante la prosperidad de las bananeras, que le sirvió a Álvaro Cepeda Samudio para que el cine fuera un buen negocio y poder empezar por el principio a aprender todo lo que ahora sabe de cine.

Todos estábamos a la espera son cuentos nostálgicos. Escritos por un

hombre que vive lamentándose íntimamente de que no se haya inventado un tren que lo lleve a sus recuerdos. Así me explico yo su permanente y un poco agresiva inconformidad, y así me explico estos cuentos en que los personajes viven en un tiempo que quiere ser presente y no es más que una desolada y hermosa tentativa de reivindicación del pasado. Por eso son sinceros. Leyéndolos, sus amigos entendemos ahora por qué escribió Álvaro Cepeda Samudio estos cuentos: son fragmentos de cartas que se quedaron sin escribir, párrafos inéditos de aquellos periodísticos telegramas que nos mandaba de los Estados Unidos, y que por no venir por cable sino por correo llegaban con la precisa cantidad de retraso que necesita una noticia para empezar a ser recuerdo. El resultado tenía que ser este libro, que es un libro de pequeñas y humanas noticias de los Estados Unidos, escritas por un periodista que no tuvo dónde publicarlas a tiempo, ni tiempo para escribirlas a tiempo, y que de tanto llevarlas adentro, atragantadas, le salieron revueltas con un maravilloso cisco de poesía. Y escritas en un tono de inocencia, con la perpleja candidez de quien está descubriendo el mundo todos los días, porque nunca ha podido o querido entender con claridad dónde termina el circo y dónde comienza la vida.

Todos estábamos a la espera es, para mi modo de interpretar las cosas, el mejor libro de cuentos que se ha publicado en Colombia. A otros —tal vez a la mayoría— parecerá discutible esa afirmación. Pero sin duda todos estarán de acuerdo en que es el más interesante.

Gabriel García Márquez
El Espectador, agosto 15 de 1954

PRÓLOGO

La primera edición de este conjunto de cuentos apareció en Barranquilla en 1954. En verdad ha debido aparecer antes de esa fecha, que hoy nos parece lejana. Los cuentos no sólo estaban listos, no sólo habían sido revisados y corregidos minuciosamente, sino que los amigos de Álvaro casi nos los sabíamos de memoria de tanto leerlos y releerlos. Pero nada que el libro se publicaba. Se había convenido que sería el primer volumen de la colección de obras que se proponía patrocinar la Librería Mundo, de don Jorge Rondón Hederich, de gratísimo recuerdo. Esa librería era nuestro club y cuando, por la tarde, llegaba la hora de cerrar, todos, automáticamente, nos trasladábamos al Café Colombia, que quedaba al lado. Allí continuaban nuestras charlas, que las más de las veces se convertían en algazaras dialécticas. A esto, sin duda, se refiere Gabriel García Márquez cuando en *Cien años de soledad* habla de "los cuatro discutidores".

La publicación del libro tiene su historia, una pequeña historia. Quinientos pesos de aquellos tiempos bastaban para que el delgado volumen viera la luz pública.

Un día Álvaro dijo:

—Ya tengo los quinientos pesos. Me los dio Rafa.

Rafa, don Rafa para todos nosotros, era el padrastro de Álvaro, pues su madre, años después de haber quedado viuda, se casó con don Rafael Bornacelli y Montero.

La financiación del libro era una buena noticia y sin demora procedimos a celebrarla en el Café Colombia, sólo que el festejo dejó las cosas en la misma situación en que se encontraban antes, pues los quinientos pesos, hasta el último centavo, pasaron a manos del dueño del establecimiento.

Al día siguiente y en los que vinieron después no se tocó, como si se tratara de un tabú, el tema de la publicación del libro. Sin embargo, algunas sonrisas, no exentas de malicia, brillaban a ratos.

Pasada una semana, Álvaro dijo:

—Rafa me dio otros quinientos pesos para el libro.

Por supuesto, todos nos alegramos. Y la alegría se reflejó en la mesa que, sin dilación, se cubrió de vasos y de botellas de cerveza. Alguien, con espíritu reflexivo o simplemente burlón, soltó estas palabras:

—Bueno, esta vez sí no nos gastaremos los quinientos pesos de don Rafa.

Pero lo dijo demasiado tarde porque los quinientos pesos ya se debían.

Don Rafa, hombre de buen humor, se reía al enterarse del destino que se les deparaba en el café a sus sucesivos regalos. Una tarde llegó Álvaro con otros quinientos pesos, pero resolvimos todos, antes de sentamos a la mesa del café, ir a la editorial

Mora & Escofet

y entregar los quinientos pesos al gerente de la empresa que, al despedirnos, dijo:

—Ahora hace falta el papel.

—El papel no es problema, mañana se lo traigo —dijo Juancho Jinete, quien trabajaba con la firma Silva

Herrera & Obregón

que, entre otras cosas, importaba papel.

•

A veces, todavía, se lee por ahí que Álvaro Cepeda Samudio nació en Ciénaga. Alguna expresión de Álvaro, nada enfática y se diría que deliberadamente equívoca, junto con la circunstancia de que su novela *La casa grande* tiene como epicentro la ciudad de Ciénaga, ha servido de base para este error. Doña Sara Samudio viuda de Cepeda y después esposa de don Rafael Bomacelli y Montero, en cierta ocasión, medio irritada, me pidió:

—Tienes que rectificar esa mentira. Álvaro no nació en Ciénaga; es tan barranquillero como tú.

Lo que yo diga sobre el particular tiene un valor irrecusable.

Don Luciano Cepeda y Roca, hijo de don Abel Cepeda, político de alguna figuración, orador obligado en las fiestas patrias y quien, aguerrido militante del partido conservador, desempeñó importantes cargos públicos, fue un hombre, hasta que perdió definitivamente la razón, aficionado a la lectura. Mi padre, José Félix Fuenmayor, con alguna frecuencia le daba libros en préstamo. Don Luciano pasaba todos los días por el frente de mi casa camino de la suya, que quedaba al extremo de la cuadra. En esa casa, que era grande, nació Álvaro. Yo recuerdo que en la mitad de su enorme patio creció, hasta donde le dieron las fuerzas, un corpulento “guásimo”.

La primera vez que recuerdo haberlo visto, Álvaro estaba desnudo, agarrado a los barrotes de madera de la ventana de su casa mientras el aya trataba de vestirlo. Tendría dos o tres años. Creo que desde entonces éramos amigos pues, de paso para el colegio, yo me detenía un momento frente a él y él se quedaba mirándome. Yo era nueve años mayor que Álvaro.

Don Luciano Cepeda y Roca murió y no volví a ver a Álvaro en la ventana. Más tarde supe que, con su mamá, se había ido para Ciénaga, en donde ella montó el que era el mejor hotel de la ciudad y en el que, principalmente, se alojaban viajeros de Barranquilla.

No volví a ver a Álvaro sino mucho tiempo después, cuando él frisaría en los veinte años. Terminaba estudios de bachillerato en el Colegio Americano donde, al parecer, se había aficionado al basket-ball y a la literatura. En el periódico *El Nacional*, que fundó y dirigía Julián Devis Echandía, tenía una columna que bautizó "En el Margen de la Ruta" y que nunca quiso cambiar por "Al Margen de la Ruta", como más tarde le aconsejábamos todos.

Mi conocimiento de Álvaro, pues, fue en verdad un reconocimiento. Germán Vargas lo introdujo al grupo y Álvaro llevaba los textos escolares. Tomó asiento y se mantuvo callado, con un silencio que más adelante no nos explicábamos. ¿Sería tan tímido y callado como se mostraba? A la mesa, como todos los días, estábamos sentados Ramón Vinyes (el "sabio catalán" de *Cien años de soledad*), José Félix Fuenmayor, Alejandro Obregón, Adalberto Reyes, Bernardo Restrepo Maya, Orlando Rivera ("Figurita"), Néstor Madrid Malo, Rafael Marriaga, Carlos de la Espriella. Poco tiempo después se sumaría Gabriel García Márquez.

Álvaro se volvió asiduo a las reuniones. Para ese entonces actuaba en el Teatro Colón una compañía dramática española con un repertorio muy parejo: Echegaray, Dicenta, Álvarez Quintero, Jardiel Poncela y nada de Casona ni de García Lorca. Yo había escrito una nota en el periódico para el que trabajaba y allí dije que todas las obras representadas eran *old fashioned*. Álvaro, que acompañado de su mamá concurría todas las noches al teatro, inició una diatriba contra mí que terminó durante una pausa en la que don Ramón colocó unas pocas palabras: "Alfonso tiene razón. Ese es un teatro *old fashioned*'.

Álvaro, muy joven todavía, estaba atiborrado de lecturas de Pereda, Valera, Palacio Valdés y llegaba, un poco, hasta Baroja y, acaso, Pérez Galdós. En lo nacional había leído a Caballero Calderón.

Todo esto se fue al diablo. En estas tertulias, así lo ha dicho Germán Vargas, Álvaro Cepeda descubrió un mundo nuevo. Faulkner,

Joyce, Steinbeck, Saroyan, Borges, Felisberto Hernández.

Y vino su viaje a Estados Unidos. En Ann Arbor, primero, y en Nueva York, después, se redondeó el cambio que en él se había operado en materia literaria. Fue allá donde escribió los cuentos que forman este volumen y que ya, hace 39 años, mostraban una técnica, una concepción, una sensibilidad, un vocabulario que difería, ¡y de qué manera!, de los cuentos que se escribían en el interior del país, sede de los amos y señores de la literatura colombiana.

Hay que decir, sin embargo, que en Bogotá se levantó una voz para registrar en términos justos y laudatorios este paralelepípedo impreso que se llama *Todos estábamos a la espera*. Esa voz era la de Hernando Téllez, quien enseñó mesura, sobriedad y gracia al periodismo colombiano.

•

¿Cómo era Álvaro Cepeda Samudio? ¿Da de sí mismo una impresión fiel y suficiente en los cuentos que escribió, en su novela, en sus guiones cinematográficos, en sus notas, en sus crónicas? Seguramente que no, aunque en todo eso entrega buena parte de su desbordada personalidad. Ahí no están sus carcajadas, sus gestos asombrosos, su lenguaje muchas veces rabelesiano, sus silencios, sus sarcasmos, su entusiasmo, esa capacidad suya para inventar cosas, para concebir proyectos, esa temeridad para desconocer normas. Sus amigos lo recordamos, también, por su generosidad, por su simpatía, por sus imprudencias, por su arbitrariedad y, desde luego, por sus contradicciones.

A Álvaro hay que situarlo más allá de lo que dicen sus obras. Para tratar de definirlo habría que acudir a muchos adjetivos: generoso, vital, impaciente, anhelante, emprendedor, precipitado, mal hablado, cortés, compasivo, hiriente. No pocos de estos adjetivos son entre sí incompatibles, excluyentes, y riñen unos con otros. Pero es que Álvaro era frecuentemente cambiante y sólo en pocas cosas parecía ser inmutable. La contradicción era en él, muy probablemente, una manifestación de su vitalidad.

A una persona así no podía faltarle la ingenuidad. Nuestro último refugio después del Café Colombia, de La Cueva, fue lo que él llegó a llamar La Tiendecita, un “descubrimiento” de Joaco Ripoll. Allí, a las horas del mediodía, llegaban algunas personas que le mostraban a Álvaro billetes de banco. Álvaro los examinaba, se los echaba al bolsillo y, en cambio, entregaba otros. Por un billete de a peso devolvía uno de cinco, por uno de cinco otro de diez. Álvaro debió adivinar la curiosidad que ese intercambio de dinero con desconocidos

me suscitaba. Entonces me dijo:

—Estoy coleccionando billetes con leyendas. Ya tengo montones…

Y me mostró varios, todos con torpe ortografía. Decían, por ejemplo, “Dios es el Mandrake del universo”, “La vida es un vacilón”, “La madre del último”.

—Sobrepago estos billetes. ¿Cómo te parece el hobby?

—Álvaro, ¿no te das cuenta de que es una soberana tontería?

Muy pronto los vendedores de billetes con leyendas dejaron de presentarse en La Tiendecita.

En una de las cortas temporadas que Gabo pasaba en Barranquilla, cuando tenía su residencia en Ciudad de México, Álvaro dijo al mediodía:

—Tengo que ir a almorzar con mi alemancito.

Explicó que un alemán estaba traduciendo La casa grande, y que todos los días él lo invitaba a almorzar para aclarar puntos oscuros de la traducción.

Gabo dijo:

—Yo quedaría sin un centavo si tuviera que invitar a almorzar a mis traductores.

—Lo que pasa —repuso Álvaro— es que yo sólo tengo un traductor, y debo cuidarlo.

Cuando vimos por última vez al alemán, éste había recobrado su peso y ya la ropa no le quedaba holgada. Y nunca más se volvió a hablar de él.

Álvaro quiso abarcar mucho y ensayó varios campos en el terreno del arte, pero sin duda en el que descuella es en el género representado en este volumen.

•

Álvaro, que había nacido en Barranquilla el 30 de marzo de 1926, murió en Nueva York el 12 de octubre de 1972, a los cuarenta y seis años.

Una noche llegó a La Cueva ronco y con una tos pertinaz.

—Me resfrié. Figúrate —me dijo— que anoche me bañe en Bogotá desnudo en un aguacero. Eso me pasará.

Días después se vio precisado a consultar a un neumólogo que era uno de los médicos del Consulado Americano. El doctor Madariaga ordenó unas radiografías y después de examinarlas llamó a la Tita, la esposa de Álvaro, para decirle que el de su marido era un caso de tuberculosis incipiente y que debía someterse, dentro del mayor reposo posible, a una superalimentación. Álvaro se fue a vivir a una casa en Pradomar y allá lo visitábamos los fines de semana. Mientras

sus amigos bebíamos whisky, Álvaro nos acompañaba con leche. Por primera vez lo veíamos más bien gordo. Trabajaba por el día en La casa grande. Después de unos meses, cuando se consideró curado, volvió a Barranquilla y a su vida ordinaria. En uno de sus viajes a Bogotá, Alejandro Obregón y unos amigos hicieron que lo examinaran los médicos del Hospital Militar. Según éstos, no había el menor rastro de tuberculosis.

Un par de años más tarde dejó de sentirse bien y se hizo examinar por el doctor Juan Christiansen, querido amigo de todos nosotros y eminentísimo profesional.

—Álvaro —dijo el doctor Christiansen después de examinarlo—, haz maletas y vete a Nueva York, al Memorial Hospital.

Álvaro no le hizo caso y siguió con su vida de siempre, pero pasados algunos meses se encontró con el doctor Christiansen, quien le preguntó:

—¿Cuándo regresaste de Nueva York?

—No, si no viajé.

—No seas bárbaro; lárgate inmediatamente.

Y el 20 de julio de 1972 Álvaro tomó el avión que lo llevó a Nueva York.

Casi todas las noticias que venían eran optimistas. Álvaro se recuperaba. En una carta me anunciaba su regreso a Barranquilla con una estación de pocos días en Miami. Me preguntaba qué libros quería que me trajera. Enviaba muchas cartas y en algunas afirmaba que veía a la muerte venir de frente. No eran las cartas de un hombre triste o resignado, sino las de un hombre valiente.

El doce de octubre de 1972, Pacho Posada me llamó bien temprano por la mañana. Me dijo por el teléfono:

—Álvaro murió.

Alejandro Obregón viajó a Nueva York y regresó con el cadáver.

Mucha, mucha gente de todos los pelambres fue al entierro. Dejaba a su mamá, doña Sara; a Tita, su esposa; a Patricia y a sus hijos, y una obra que permanecerá en la literatura.

•

Poco antes de su muerte, Gabriel García Márquez había visitado a Álvaro en el Memorial Hospital. Fechada en Barcelona el 3 de noviembre de 1972, Gabo me escribió la carta con la cual concluye esta especie de prólogo:

> Maestro:
>
> Tu carta me sacó del limbo confortable en que me mantenían mis llamadas telefónicas diarias a Nueva York. Todas las noches antes de

acostarme, durante más de un mes, la Tita me rendía informe detallado de la situación, y su voz era tan imperturbable y sus ilusiones tan convincentes, que tal vez fui el último en creer que Álvaro se fuera a morir.

Mi visita a Nueva York contribuyó mucho a mantenerme en este engaño. Había encontrado a Álvaro un poco pálido y anhelante, pero no más que después de una fuerte gripa, y nada permitía pensar que sus médicos se hubieran equivocado. La versión oficial en ese momento era que le habían exterminado un linfoma con las radiaciones de cobalto, que la curación era radical y que Álvaro regresaba a casa sin ningún régimen de vida especial ni ninguna clase de chequeos posteriores.

El domingo en que nos despedimos en el aeropuerto de Nueva York le estaban tratando una deficiencia de glóbulos rojos y un defecto de la voz, pero ambas cosas se consideraban normales después de las radiaciones. El martes debía regresar a Barranquilla, con una escala de tres días en Miami, pero el chequeo final, el lunes, le trastornó los planes. Ahora sabemos que a partir de ese momento se fue como por un sumidero; perdió todo su peso, se le acabó la voz, perdía el conocimiento en el baño, deliraba, le hicieron la traqueotomía y, en sus últimas horas, completamente inconsciente, trataba de quitarse la máquina de oxígeno que siempre le había causado terror. En ese momento todo me parece inverosímil. Yo no sé quién sabía la verdad, ni cuándo se supo, ni quién se la ocultaba a quién, pero tengo la sospecha de que nadie la conoció nunca.

Lo que más me da rabia es que Álvaro no había sido jamás tan encantador, tan humano y tan lúcido como en esa semana que pasamos juntos en Nueva York. En el hospital había conocido a una muchacha que, según me dijo, era muy bella cuando la vio por primera vez, y que en menos de quince días se había vuelto espantosa. Álvaro le había prometido llevarle un libro que ella quería leer en los pocos días de vida que le quedaban. La urgencia con que lo compró, la prisa con que se lo llevó a la muchacha y la sensación de descanso con que salió del hospital me parecieron completamente insólitas en aquel Álvaro prometedor y olvidadizo que todos conocíamos. No sólo parecía curado de su enfermedad, sino también de sus defectos, y había adquirido por fin la serenidad de juicio que nunca tuvo; ya nadie le parecía tan ratero como antes, ni nadie era tan hijueputa, ni tan bruto ni tan mal escritor. Aquella súbita reconciliación con el mundo la explicaría cualquier mal literato como una consecuencia de haberle visto la cara a la muerte, pero a mí me pareció simplemente sobrenatural.

Cuando recibí tu carta se me abrieron los ojos y traté de hacer algo cuando en realidad no había nada que hacer. Compré un pasaje para Nueva York en el primer avión, pero no pude embarcarme.

Después compré un pasaje para Barranquilla, pero la expectativa de las agencias de prensa que estuvieron llamando a mi casa me hizo pensar que aquel viaje podía ser más exhibicionista que afectuoso. Resolví la vaina con la mayor cantidad de whisky que me cupo en el cuerpo.

Bueno, maestro, esta vaina es muy jodida hasta para decirla: estoy hecho una mierda, en un estado miserable de desconcierto y desmoralización, y por primera vez en mi vida no encuentro por dónde salir. Te lo digo porque creo que me ayuda el decírtelo, y porque tal vez a ti también te ayuda el que te lo diga.

Abrazos de todos para todos,

Gabo.—

Alfonso Fuenmayor
Barranquilla, febrero de 1993

TODOS ESTÁBAMOS A LA ESPERA

Introducción de Álvaro Cepeda

Estos cuentos fueron escritos, en su gran mayoría, en Nueva York que es una ciudad sola. Es una soledad sin solución. Es la soledad de la espera.

Los personajes son hombres y mujeres que yo he visto en un pequeño bar de Alma, Michigan; esperando en una estación de Chattanooga, Tennessee; o simplemente viviendo en Ciénaga, Magdalena. Y las palabras son inferiores a ellos.

"… to be among the lost, to know how it feels to be out of things, to have no present, no future, to belong nowhere, to be suspended between day and night, waiting".

SAROYAN (Among the Lost)

Hoy decidí vestirme de payaso

Hoy decidí vestirme de payaso. Me he puesto unos grandes zapatones de caucho y me he pintado la cara de rojo y de blanco. Cuando atravesé el estrecho corredor de arena la sentí rebotar debajo de mis zapatones y tuve la agradable sensación de sentirme payaso. Todos estaban ya en el redondel cuando entré y no me han mirado siquiera. Estaban esperando que yo llegara para comenzar, pero no me han dicho nada. Cuando fui a ocupar mi puesto he pasado frente al domador que está todavía tratando de pegar una melena de papel amarillo a sus leones de cartón. Y ahora estoy entre los demás payasos, los payasos de verdad, y yo que sólo estoy vestido de payaso, me confundo entre ellos y nadie podría decir cuál de nosotros es el menos verdadero. La marcha comenzó a sonar y con un movimiento lleno de gracia y soltura salió el director quitándose el sombrero y haciendo malabares con un bastón negro. Todos hemos comenzado a movernos alrededor de la pista. Nosotros salimos corriendo y nos mezclamos con los demás como estorbándolos. Parece que yo me he excedido porque al tirarle la cola a uno de los leones se me ha quedado en las manos una borla suave de lana amarilla. El domador me amenazó con el látigo y los payasos me han mirado con asombro por debajo de sus máscaras de colores.

Todos están serios pero a medida que se van acercando a las primeras silletas, las sonrisas comienzan a aparecer hasta que están completas en los rostros, como si fueran un trozo más de pintura blanca y roja.



Desde que sonaron los primeros cascos sobre la pista la muchacha ha comenzado a sonreír también, mientras salta de un caballo a otro. Los payasos se han metido entre los caballos y saltan imitándola con ademanes grotescos. Yo he querido hacer lo mismo pero tengo miedo de asustar a los caballos y romper la sonrisa de la muchacha. El

director, que para todo usa ademanes graciosos, ha hecho sonar un silbato y los payasos han salido corriendo hacia el pasadizo y la han dejado sola en el centro de la pista con sus dos caballos. Yo no he querido salir pero otro payaso, el de la gran nariz morada, ha venido a sacarme dándome pequeños escobazos que suenan con gran estrépito. Sin embargo yo quiero ver a la muchacha y no fui a meterme detrás de las cortinas como lo han hecho todos. A la muchacha se le han caído los palos con que hacía malabares y yo he corrido al centro del redondel y los he recogido para entregárselos. Ella me miró asombrada pero no dijo nada y los hombres con casacas rojas de militar han entrado y me han sacado de la pista otra vez. Otra vez ha salido el director con su silbato y mientras la muchacha sale al galope montada sobre sus dos caballos los payasos han entrado corriendo. Yo he salido detrás de ellos y ahora los veo dispersarse en la pista y hacer cabriolas. Yo me he quedado quieto pues quiero ver cómo hacen los demás payasos para hacerlo yo también. El de la nariz morada le está diciendo al que tiene un sacoleva negro y unos calzoncillos amarrados a los tobillos: “A que no sabes de qué están hechas las nubes?” El payaso gordo, que tiene las ropas llenas de globos de colores revienta uno y dice: “De caramelo blanco”. Todos los payasos lo persiguen y le dan escobazos. Yo me acerco al de la nariz morada y le digo: “Las nubes están hechas de la espuma que usa San Pedro para afeitarse las barbas. Eso lo saben todos y es una tontería preguntarlo”. Todos los payasos se vuelven hacia mí y me miran con rabia. A mí ha comenzado a cansarme esta forma que tienen de mirarme cuando hago algo que ellos creen que no está bien. Por esto me he salido de la pista y he venido a buscar a la muchacha de los caballos.

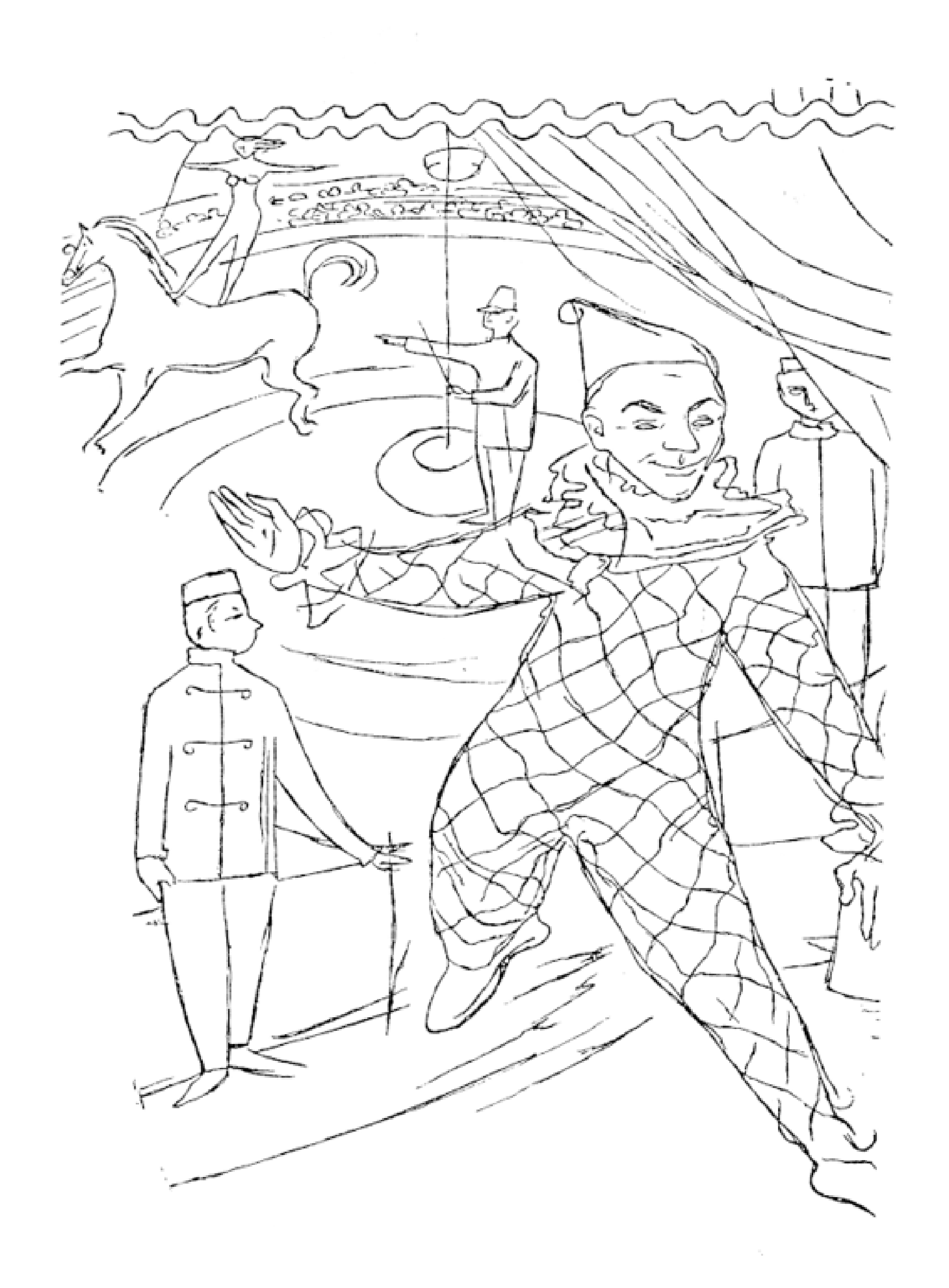


Al pasar frente a los hombres de las casacas rojas éstos se vuelven hacia mí y me dicen: “A dónde vas? Vuelve a la pista”. Yo digo “No” y corro sobre el pasadizo de arena. Los caballos están parados frente a una tienda que tiene remiendos de colores. Entro a esta tienda y la muchacha, que ya no tiene el saquito dorado sobre el pecho, sino dos

senos pequeños, me grita: “Sal de aquí, qué quieres?” “Yo quiero hablar contigo”. “Bueno, pero espérame afuera”. “No quiero”. Y la muchacha me dice que está bien, que me dé vuelta con la cara contra la carpa y la espere a que se acabe de vestir. La lona deja pasar las luces y la parte que me queda delante de los ojos parece un cielo de juguetería. Mientras se viste, la muchacha quiere saber todas las cosas que yo no sabría contestar. Yo le digo pequeñas palabras, monosílabos, pero ella insiste. Cómo es mi nombre? Yo no sé. Ella se ríe de todas mis respuestas y parece muy divertida, pero a mí esta situación ha comenzado a parecerme molesta. Para qué quiero hablar con ella? Tampoco sé. Quise oírle la voz cuando la vi saltando sobre los caballos. Te gusta mi voz? Sí. Pero quién soy yo? Y tengo que contestarle: “Hoy decidí vestirme de payaso”. Ahora está frente a mí con unos pantalones verdes y una blusa blanca. El pelo que llevaba atado a la nuca lo tiene suelto sobre un hombro. Sobre la cama angosta y desordenada hay una guitarra verde con las cuerdas hacia abajo. Me he sentado en la cama y he pasado los dedos sobre la madera y momentáneamente se han coloreado de verde. “Yo creía —le digo— que las guitarras verdes sólo existían en los cuentos”. “Esa guitarra es para dar serenatas, por eso es verde”. La guitarra suena a música encerrada cuando yo la levanto. Le digo que toque algo pues yo no sé tocar. “Yo tampoco sé”. Ahora he tomado a la muchacha de la mano y hemos salido de la tienda con la guitarra. “Vamos a buscar a alguien que sepa tocar esta guitarra”. Al salir nos hemos cruzado con el director que sigue mirándome muy serio. Quiere que deje la guitarra y me vuelva a la pista. Yo le digo que tengo que encontrar a alguien que sepa tocar la guitarra. “Entre ahí”, me grita empujándome por el pasadizo. Tal vez alguno de los payasos sepa tocar, por esto he entrado a la pista otra vez. La muchacha está detrás de las cortinas hablando con el director. Los payasos han traído unos cubos de agua y se persiguen tratando de mojarse unos a otros. Yo me acerco a uno que tiene unos lentes sin vidrios y le pregunto. Este payaso me mira pero no contesta. Los payasos han dejado de perseguirse y el de la nariz morada le está sacando de la camisa una gran muela de madera al de los lentes sin vidrios. Yo me le acerco y le pregunto si él sabe tocar una guitarra verde. Cuando termina la farsa todos salen corriendo y yo me quedo en el centro de la pista con la guitarra. Otra vez vienen los hombres de casacas rojas a sacarme, pero yo me voy antes y le hago señas a la muchacha para que salgamos de la carpa. Desde fuera la carpa parece un elefante echado. Yo se lo digo y ella me dice que entre y lo diga así desde la pista. En la puerta un hombre de casaca roja le ha preguntado a la muchacha para dónde va. “Él

anda buscando alguien que sepa tocar esta guitarra”. “Cuando yo estaba en el colegio tocaba algo de dulzaina”, dice el hombre. “No, tiene que ser guitarra”. “Pero es que si es alguna pieza que él quiere oír yo podría tocarla en una dulzaina”. “No, no es ninguna pieza en particular. Cualquier cosa con tal que sea con la guitarra”. Ella le dice que volveremos para el final y cruzamos la calle hacia el bar. Yo pongo la guitarra sobre el mostrador y le pregunto al bartender si él conoce alguien que pueda tocarla. El negro dice que no y comienza a servirnos los tragos. Luego se vuelve y grita: “Quién de ustedes sabe tocar guitarra? Aquí el payaso está buscando uno que sepa”. Todos han girado sobre sus bancos para mirarnos, pero nadie contesta. La mujer que está parada frente al tocadiscos echando monedas en la ranura habló sin levantar la vista de los nombres de las canciones. “Sammy tal vez sepa. Él toca el contrabajo y canta en
L-Bar”.
Yo quiero saber dónde está Sammy. “No sé, tal vez en Londres o en Suramérica. Ya no toca en
L-Bar.
Él siempre quiso irse a Londres y seguro eso es lo que ha hecho: se ha ido a Londres”. La música ha silenciado las últimas palabras y yo insisto con el bartender. “Tiene que haber alguien que sepa tocar esta guitarra”. ”Es que le hace falta para un número, o qué?» “Él quiere oír la guitarra. Eso es todo”. La oigo hablar con el negro hasta cuando comienzo a golpear la madera con el fondo duro de mi vaso. La mujer ha venido a sentarse al lado mío y con manos lentas acaricia la guitarra que está todavía sobre el mostrador. “Estoy segura que Sammy hubiera podido hacer sonar esto” —ha comenzado a decir. “A mí también me gustaría oírla: ya estoy cansada de los mismos discos con las mismas canciones: sí, me gustaría oír cómo suena la música de esta guitarra”. Luego se ha levantado sin tomar su trago y ha dicho: “Vamos a buscar a Sammy”. “Tenemos que volver para el final”. Yo levanto la guitarra y salgo del bar detrás de las dos mujeres. En la puerta me ha detenido el grito del negro: “Oye, payaso, por qué no vuelves más tarde. Tal vez haya alguien entonces que sepa tocar”. Yo quiero decirle que no soy un payaso, que simplemente hoy decidí vestirme de payaso, pero me parece inútil toda explicación y no digo nada. Ya las mujeres están frente a la carpa cuando el hombre de la casaca roja está diciéndome que es una lástima que nadie sepa tocar. “Sammy va a tocarla —le digo—. Iremos a buscarlo después del final”. “Tienes que apurarte. Ya el domador está entrando a la jaula con sus leones y ustedes tienen que estar en la pista cuando él comience”. Cuando yo entro todos los payasos están corriendo alrededor de la

gran jaula mientras el domador hace sonar el látigo y dispara un revólver brillante. Los hombres de las casacas rojas están parados a distancias regulares rodeando la jaula. Como ellos no pueden moverse yo paso a su lado haciéndoles burla y mostrándoles mi guitarra verde. El domador ha puesto sus leones sobre banquitos de colores y luego se da vuelta dándoles la espalda. Cuando encienden el aro yo tengo miedo de que se les quemen las melenas o las borlas del rabo. Parece que el domador piensa lo mismo pues no se decide a hacerlos saltar. Yo me acerco y le digo que pueden quemarse sus leones. Por fin sacan el aro de la jaula y el domador recoge sus leones y sale con ellos para su tienda. Cuando pasa frente al director, éste lo mira con rabia y yo creo que no va a poder salir sonriente y con ademanes graciosos esta vez. Los payasos se han agrupado al lado mío y el de la nariz morada dice: “A que no saben por qué la guitarra de éste es verde?” Todos los payasos se agarran la cabeza y dan volteretas como buscando qué decir. El de la nariz morada dice por fin: “Porque no está madura todavía”. Yo me aparto con rabia y les digo: “No, no es por eso, sino porque es para dar serenatas”. Ahora los payasos se ponen furiosos. El de la nariz morada se arranca la nariz y la tira contra el suelo. Los demás se quitan las pelucas y tiran los zapatones contra las silletas de los palcos y se van todos a buscar al director. Ya no parecen payasos. Sólo yo estoy todavía vestido de payaso cuando vienen a llamarme para irnos a buscar a Sammy. En toda la carpa no ha quedado un payaso: solamente esos hombres que se limpian de la cara los manchones rojos y blancos y que discuten rabiosamente con el director. El hombre de la casaca roja se ha soltado los botones dorados y ha puesto la gorra en la silleta del portero y está tocando asordinadamente su dulzaina. “No lo he olvidado todavía”, y sigue tocando. De pronto deja de tocar, recoge su gorra y dice: “Vamos a buscar a Sammy, yo siempre quise tocar la dulzaina acompañado por una guitarra”. La dulzaina sigue sonando cuando cruzamos la calle y yo comienzo a sentir en mi mano la mano tibia de la muchacha de los caballos.



"And it seemed to him then that every human was always looking for himself, in bars, in railway trains, in offices, in mirrors, in love, especially in love, for the self of him that is there, someplace, in every other human. Love was not to give oneself, but to find oneself, describe oneself. And that the whole conception had been written wrong. Because the only part of any man that we can ever touch or understand is that part of himself he recognizes in him. And that he is always looking for the way in which he can escape his sealed bee cell and reach the other airtight cells with which he is connected in the waxy comb".

JAMES JONES (*From here to Eternity*)

Todos estábamos a la espera

Íbamos llegando uno a uno y nos sentábamos en los altos bancos rojos a lo largo del bar. Nos quedábamos allí, en silencio, oyendo las canciones que alguien cantaba en los discos. Otras noches había boxeo. Entonces dejábamos de echar monedas en el tocadiscos y mirábamos la pelea. Pero no duraban mucho tiempo. Casi nunca llegaban al último round pues siempre alguien era tirado violentamente sobre la lona gris y un hombre con un corbatín le levantaba la mano al que se había quedado en pie y la pelea terminaba. Algunas veces apostábamos, pero después de un tiempo no quisimos ver más esto y dejamos de sintonizar al Madison. Nadie dijo nada. Nos pusimos de acuerdo sobre ello sin que nadie lo propusiera. Dejamos de ver el boxeo como hacíamos todo: sin decirnos nada. Había otras noches cuando no teníamos dinero y entonces entrábamos, nos acercábamos al tocadiscos y apretábamos un botón. La canción sonaba un largo rato y luego nos íbamos otra vez. Porque teníamos que ir todas las noches pues no sabíamos cuándo llegaría y no queríamos que llegara y no estuviéramos nosotros allí. Pero el dueño se dio cuenta. Supo que nosotros también estábamos a la espera y una noche, cuando pasábamos frente a él hacia el tocadiscos, nos dijo: “Pueden tomar lo que quieran”. Entonces nos acercamos al bar y comenzamos a tomar como siempre. Desde esa noche ya nunca dejamos de ir. Y aunque no tuviéramos dinero nos sentábamos en los altos bancos rojos y pedíamos nuestros tragos. Una noche llegó alguien a quien nunca habíamos visto. Como si conociera el lugar desde mucho antes, como si él supiera de nosotros. Luego dijo: “Voy a quedarme aquí. Tiene que llegar a este bar”. Nadie lo miró. Pero nosotros sí. Tenía el pelo negro, una pipa labrada y un saco grueso. No dijimos nada y él puso sus billetes sobre el mostrador y comenzó a tomar lentamente. “Hace tiempo que estoy esperando”, dijo y golpeó la pipa contra la palma de la mano abierta y dura. “Me salí de la carretera con los catorce que me tocaban a mí. Caminé detrás de ellos hasta que encontré un pequeño claro de arena blanca. Entonces oí que ya él había terminado. Ya su ametralladora no sonaba. Estaban de espaldas. Yo comencé a llorar. Cuando él llegó su ametralladora volvió a sonar. Yo me dije que no quería oír más. Y ni siquiera oí cuando las balas se callaron. Seguramente me dijo que lo siguiera y yo lo seguí, pero ya no oí más”. Nosotros no dijimos nada porque él siguió hablando y nosotros dejamos de oírlo de pronto. Era que habíamos

comenzado a recordar. Y nos fuimos apartando poco a poco a medida que los recuerdos se alejaban. Llegamos a una estación. Había buses plateados y ventanillas numeradas en negro en el fondo del gran corredor. Allí habíamos comenzado, sentados en unas butacas tibias por el calor de los cuerpos que llenaban la estación, con las revistas y los periódicos desordenados a nuestro lado. No sabíamos si esperábamos o si nos esperaban. Allí habíamos comenzado. Pero antes era yo. Yo solo viajando sobre las carreteras de ladrillos rojos. Yo frente a la vendedora de revistas, comprando todas las revistas y todos los periódicos, no para leerlos, sino para ofrecérselos a quien había de sentarse a mi lado en el doble asiento del viaje, y la voz de la muchacha preguntando a qué hora sale su bus y un negro le da la hora que yo conozco; porque he estado esperando toda la noche en esa estación. Y de pronto me quedo solo con la muchacha y las paredes se van alejando en cuatro direcciones y estamos allí solos, la muchacha y yo, y el negro, con los botones dorados de su chaqueta y su brillante escoba, se aleja empujado por la huida de las paredes mientras la muchacha de las revistas desaparece detrás de las carátulas multicolores que le hacen muecas. Yo le hablo a la muchacha que tiene un largo tiquete verde en las manos y mira sin entender los itinerarios con su complicada combinación de números. En la enorme soledad de la estación mi voz y la voz de la muchacha van llenando lentamente todos sus vacíos. Y después ya no hablamos más. La muchacha se duerme contra la madera lustrosa de los bancos y yo estoy velando su sueño derrotado. De pronto me dice sin abrir los ojos: “Tengo hambre”. Y yo me levanto sin ruido y atravieso el frío ancho de la calle porque he visto en algún lado las vitrinas opacadas de un restaurante. En un tarro de cartón me dan café caliente para la muchacha. Yo le digo al griego que está detrás del mostrador: “Ella está ahí en la estación, no sé para dónde va pero ha esperado el bus toda la noche y tiene hambre”. Y el griego me pregunta: “Por qué no te vas con ella?”. Y yo le contesto que no lo había pensado, pero que quiero irme con ella. Me llena un tarro de cartón blanco y me lo entrega. “Llévaselo y antes de despertarla dile que te vas con ella”. Yo lo hago así y la muchacha se toma lentamente el café mientras yo pienso en lo que me ha dicho el griego. Cuando llegan los buses nos levantamos y salimos a leer las letras blancas hasta hacerlas coincidir con los tiquetes. Yo me vuelvo al restaurante y le digo al griego que ella se ha ido. Él me dice: “Tiene que volver”. Yo atravieso todo el frío del mundo que se ha acumulado en la calle, recojo mis revistas y me meto en el último bus.



Y otra vez las estaciones repetidas a lo largo del cansancio que había comenzado hacía muchas semanas. Y por fin he llegado a esta estación y me he encontrado en este banco rodeado de periódicos y revistas. Cuando la voz vieja conocida que anuncia las llegadas y las salidas anunció el nombre que esperábamos, ya éramos nosotros. Y

subimos a nuestro bus. Ahora estamos en este bar todavía a la espera. Nos rodea gente, cada uno con su espera. Estamos estrechamente unidos en que todos sabemos que estamos a la espera pero no nos conocemos, ni siquiera hablamos. Solamente "nosotros" hablamos de vez en cuando. Y ahora ha llegado este hombre y nos ha hablado, nos ha dicho cosas que no hemos preguntado. Secretamente sabemos que ha de seguir hablando y hablando, que mañana vendrá y hablará otra vez, y seguirá viniendo todas las noches. Vamos a tener miedo, miedo de que nos interrumpa a cada momento cuando nos ponemos a parar monedas de canto sobre la madera humedecida por nuestros vasos. Y de que pregunte cuando nos ponemos a jugar con los círculos de agua que hay debajo de cada trago. Yo sé que nos está mirando y espera que volvamos la cabeza hacia él para seguir hablando. Pero tenemos miedo y no queremos mirarlo, no podemos mirarlo porque tenemos los ojos redondeados sobre los vasos. No podemos oírlo pues alguien ha vuelto a meter monedas en el tocadiscos y hemos hecho tapones de música para nuestros oídos. Y para distraernos pensamos: —la foca azul tiene una pelota blanca y roja sobre la nariz— cómo se llamará la foca —tonto no ves que se llama Carstairs— no ése no es el nombre de la foca —es el nombre del whiskey— pero no es lo mismo —yo siempre quise ver las focas— vamos a verlas una tarde cuando haya verano— no, ya he perdido el interés y de propio no son tan reales como esta foca azul—aquéllas también tendrán pelotas rojas pues yo las llevaré— llevaremos pelotas blancas y pelotas rojas, las más grandes y más blancas y más rojas que podamos conseguir —llevaremos pelotas para dárselas a las focas— sí tal vez podríamos ir un día cuando haya verano —y después iríamos a un cine, me gusta el cine— creo que me gustaría ver una película que se llame los rinocerontes hacen pompas de jabón en la que esté Susan Peters que cuando yo era pequeño se parecía a una muchacha que llevaba sus libros amarrados con una correa verde —hubo un tiempo cuando veía todas las películas —cuando no se tienen sueños, cuando no esperamos nada, tenemos que meternos en las salas de cine y tomar los sueños prestados de las películas —también yo iba al cine todos los días a hacer míos todos los sueños—. Dejamos de pensar y nos pusimos a jugar otra vez con las monedas. Nos habíamos olvidado de nuestro miedo. No supimos cuándo entró; estaba mirándonos cuando alzamos la cabeza para pedir los tragos. La vimos al mismo tiempo, pero yo me quedé solo mirándola. Cuando me levanté, todas las monedas que estaban paradas de canto comenzaron a rodar. Yo le dije: "He estado esperándote, Madeleine". Y luego: "Ahora vendrás todas las noches". Ella siguió mirándome y asintió. Cuando salíamos

oí su voz diciéndome: “Ya no me necesitas más. Déjame ir ahora”. Yo le tomé la mano y se la apreté con fuerza. Mientras cruzamos la calle veíamos a Madeleine a través de la vitrina que había comenzado a esperar.

Vamos a matar los gaticos

“Vamos a matar los gaticos” —dijo Doris—, “vamos a matarlos. Yo sé cómo se hace, vamos a matarlos”.

“No, todavía no”.

“Pero tú dijiste que los íbamos a matar apenas nacieran” —dijo Martha—. “Tú dijiste que teníamos que matarlos para evitar que los regalaran”.

“¿Cuántos son?” —preguntó Doris.

“No sé: parece que hay cinco”.

“¿Dónde están?” —preguntó Doris.

“En el último cuarto. La pusieron en la caja donde dormía Teddy”.

“¿Son bonitos?” —preguntó Doris.

“Yo no sé, yo no los he visto todavía. Pero sé que ya nacieron porque esta mañana lo estaban diciendo en la cocina”.

“Vamos a verlos” —dijo Martha.

“No, ahora no: después. Vamos a subirnos al techo”.

“Vamos” —dijo Doris—, “y jugamos a Tarzán, ¿quieres?”.

“Bueno. Voy a buscar las cosas”.

“Yo no juego” —dijo Martha.

“¿Por qué no quieres jugar?”.

“No puedo” —dijo Martha—, “yo no puedo subirme al techo”.

“¿Por qué no puedes subirte?”.

“Tú sabes” —dijo Martha.

“Ella tiene miedo” —dijo Doris—, “vamos tú y yo”.

“Yo no tengo miedo” —dijo Martha—, “es que me da pena”.

“Vamos Doris, ella nos espera aquí”.

“Miedosa” —dijo Doris.

“Yo no soy miedosa” —dijo Martha—, “es que me da pena”.

“¿Por qué te da pena?” —preguntó Doris.

“Déjala ya Doris”.

“Yo no tengo pantalones” —dijo Martha.

“Ahora se lo voy a decir a Mamá” —dijo Doris—, “ayer también viniste sin pantalones. Yo te vi”.

“Tú sabías que no tenía pantalones. Tú me dijiste. Y ahora quieres jugar a Tarzán” —dijo Martha.

“Cuando volvamos a la casa le voy a decir a Mamá que tú le dices a Martha que no se ponga pantalones” —dijo Doris.

“Vamos a matar los gaticos”.

“Vamos” —dijo Doris.

“Si se lo dices no los matamos” —dijo Martha.

“¿Se lo vas a decir Doris?”.

“No” —dijo Doris—. “Vamos a matar los gaticos”.

“Entren”.

“¿Para qué cierras las ventanas?” —preguntó Doris.

“Para que ella no se salga. Tráeme esa tabla Martha”.

“Tenemos que sacarla de la caja porque de pronto se pone rabiosa y nos muerde” —dijo Doris.

“No, ella no muerde. Sostén la tapa mientras yo los saco”.

“¿Cuántos hay?” —preguntó Doris.

“Cuatro nada más”.

“Abre la ventana, yo no los veo bien. ¿Son bonitos?” —dijo Martha.

“Sí, son bonitos. Hay dos negros y dos grises”.

“Yo quiero llevarme uno negro” —dijo Doris.

“No, hay que matarlos a todos. No te vas a llevar a ninguno. Yo dije que los iba a matar a todos. Mira, así: apriétalos por el cuello así, ¿ves? Apriétalos bien fuerte por un momento. Es fácil. ¿Ves? Este ya está muerto. Mata tú este otro”.

“Mata éste tú Martha, yo mato mejor el gris” —dijo Doris.

“No, yo me voy, yo no quiero matar ninguno” —dijo Martha.

“No tengas miedo, no te van a morder, no ves que ni siquiera tienen dientes”.

“No, yo no quiero matar ninguno” —dijo Martha.

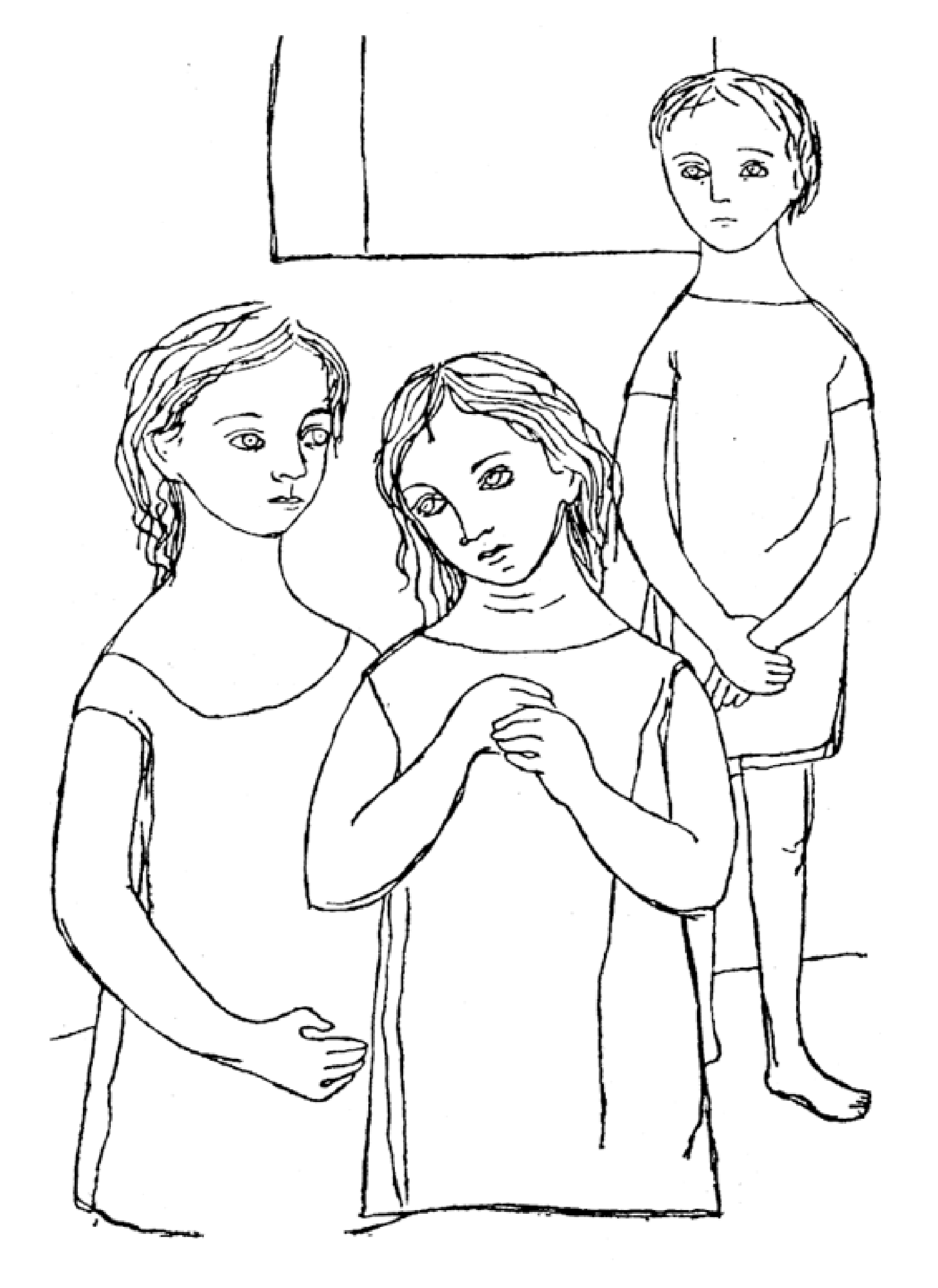
“Suelta ése ya Doris, ya está muerto. Mata este otro”.

“No los maten, no los maten” —gritó Martha.

“Cállate, cállate, cállate. Sostén la tapa Doris”.

“¿Qué vas a hacer?” —preguntó Doris.

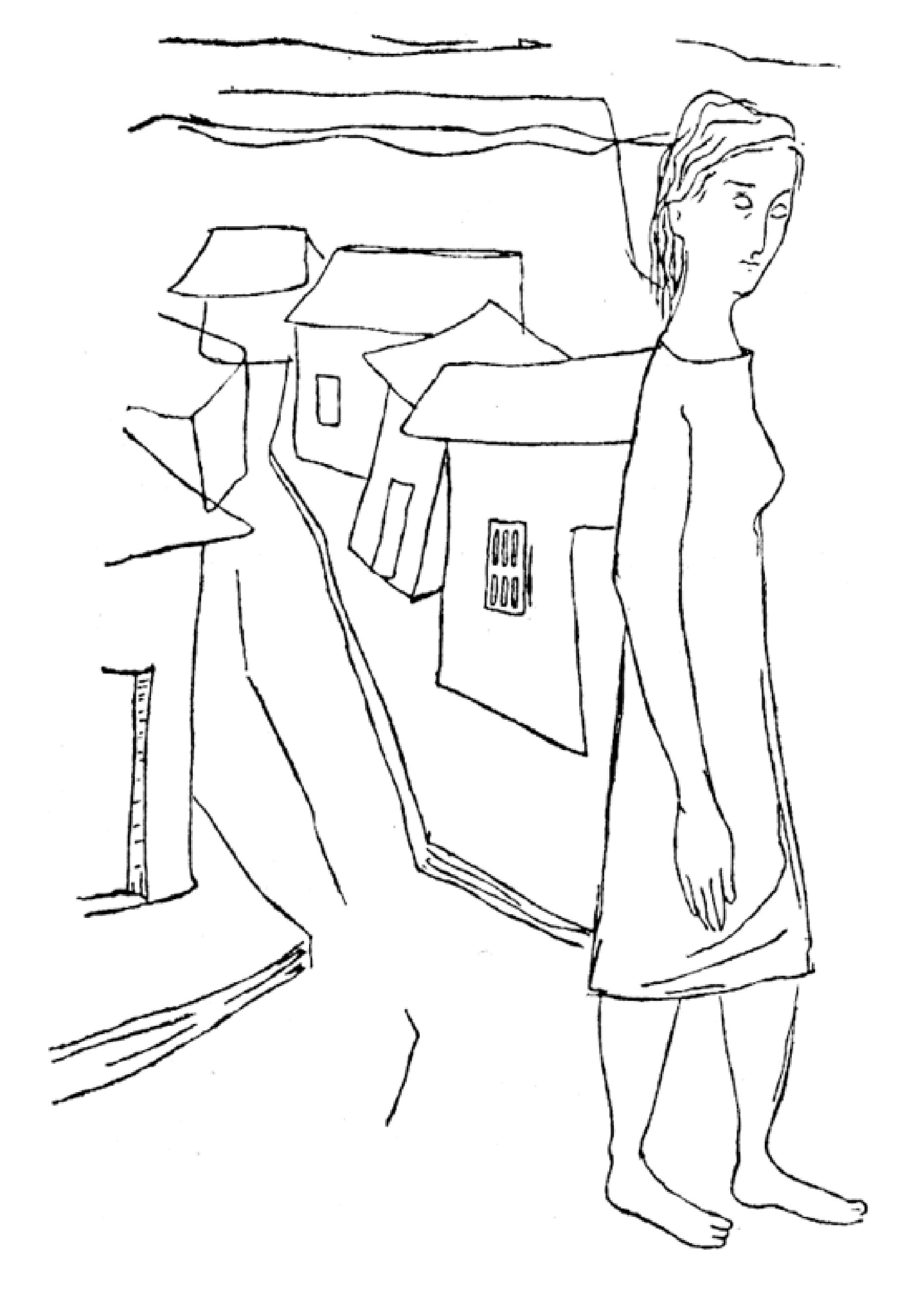
“A ponerlos otra vez dentro de la caja”.



“¿Por qué no los enterramos en el patio y les hacemos procesión?” —dijo Doris—. “¿Quieres que traiga tres cajitas de cartón? Yo tengo en la casa un montón de cajitas”.

“No, vamos a ponerlos en la caja otra vez. Falta uno. ¿No has podido matarlo todavía Doris?”.

“Yo no quiero matar el negrito” —dijo Doris.
“Dámelo acá. Apura, Doris, dámelo”.
“Dáselo Doris” —dijo Martha.
“Salgan. Cierra la puerta Martha”.
“Vamos a subirnos al techo” —dijo Doris.
“No, hace mucho calor”.
“Pero yo quiero unas guindas. Tengo hambre” —dijo Doris.
“En la nevera hay galletas. Ve y tráelas”.
“¿Por qué lloras?” —preguntó Martha.
“Yo no estoy llorando”.
“Sí estás llorando” —dijo Martha.
“No me molestes”.
“Tú no querías matar los gaticos” —dijo Martha.
“Sí quería”.
“No tengas miedo. Doris no le dice nada a Mamá” —dijo Martha.
“Yo no tengo miedo”.
“¿Entonces por qué estás llorando?” —dijo Martha.
“Por nada, por nada, por nada”.



Hay que buscar a Regina

Todos vimos cuando Juan García entró a la Inspección. No es como han dicho por ahí que a Juan García lo trajeron los Rurales. No, él vino por sus propios pies, sin que nadie lo trajera. Vino simplemente, sin alboroto, con sus pantalones sucios y los cabellos despeinados, con la camisa a cuadros que no se quita nunca, y sin que nadie lo llamara ni le dijera nada entró a la Inspección. Y esto lo pueden decir los que estaban conmigo, los que estábamos esa tarde en la puerta del billar de Venancio, que también vieron lo que yo: que Juan García entró solo a la Inspección, entró por su propia voluntad. Ninguno de nosotros sabía de qué se trataba, ni ninguno hizo comentarios hasta cuando salió apresuradamente un Rural. No sé cuánto tiempo transcurrió desde cuando Juan García entró hasta cuando el Rural salió apresuradamente, pero ya Jácome y el Mono habían jugado dos partidos de a cincuenta y el Mono perdió ambos, y para no pagar dijo que Jácome le hacía trampas y le rompió la cabeza con el taco: el Mono es así. Pero cuando el Rural volvió y vimos que detrás de él venía el viejo Hernández, con su sombrero de fieltro y mascando tabaco nerviosamente, y detrás del viejo Hernández su mujer, envuelta en un pañolón negro y con el moño fijo sobre la cabeza reluciente, cuando vimos esto, Venancio salió de detrás del mostrador, dobló el periódico que había estado leyendo, atravesó la calle y se recostó, haciéndose el tonto, contra la ventana de la Inspección. Entonces todos atravesamos la calle; hasta el Mono que ya había comenzado otro partido dejó el taco sobre la mesa, cruzado entre las bolas de modo que no pudieran moverlas, y se vino a ver lo que sucedía en la Inspección. Todos vimos a Juan García con sus pantalones sucios y su camisa a cuadros, de pie frente al Inspector, quieto, mirando fijamente el tintero que está encima del escritorio. Y ni siquiera se movió cuando el viejo Hernández dijo bien alto, para que todos lo oyéramos, que un día de éstos mataría a un hijo de puta. Siguió quieto frente al escritorio. El Inspector le dijo al viejo Hernández que se callara y Juan García siguió hablando. La sala de la Inspección es pequeña y todos oímos claramente cuando Juan García dijo: “Yo maté a Regina, señor Inspector, la ahogué”. Lo dijo sencillamente, sin alboroto, exactamente como había entrado a la Inspección, sin pizca de miedo. Y todos vimos al viejo Hernández cerrar los puños y abalanzarse contra Juan García. Nosotros creíamos que se iba a defender, pero se quedó quieto, protegiéndose la cara con las manos, hasta que un Rural se lo quitó de

encima. La vieja no dijo nada al principio, se quedó muda de rabia, pero cuando nos vio detrás de los barrotes de la ventana se puso a pujar tratando de sacarse lágrimas, pero no pudo y se quedó callada. Todos oímos al Inspector cuando amenazó al viejo Hernández con soltar a Juan García si no guardaba la compostura. Después siguió preguntando, descuidadamente, sin mucho interés, mientras se abanicaba con el secante grande que dan de propaganda en la farmacia y lanzaba resoplidos espaciados entre contestación y contestación. Todos oímos el relato de Juan García, casi completo, porque cuando dijo que el viejo Hernández quería vender a Regina, Venancio gritó que era un viejo cabrón, y los Rurales nos hicieron quitar de la ventana. Pero esto fue casi al final, Juan García no pudo decir mucho más pues el Mono no había comenzado a jugar nuevamente cuando el viejo Hernández salió de la Inspección. Lo que nosotros le oímos decir a Juan García fue que había matado a Regina, la hija del viejo Hernández, más precisamente: que la había ahogado. Refirió que anoche había ido, como de costumbre, a ver a Regina después de que los viejos se acostaban. Todas las noches iba a verla a escondidas desde que el viejo Hernández le dijo que no iba a dejar que Regina se comprometiera con él. Ella no podía salir de la casa porque el viejo le ponía candado a la puerta antes de acostarse y tenía que esperar a que se durmieran para abrir la ventana de la cocina y hablar con él. Juan García contaba todo esto sin mirar a ningún lado, quieto, con la vista fija en el tintero. También dijo que anoche Regina le había dicho que el viejo Hernández la iba a vender, y que ella le contó cómo esa tarde había venido un hombre muy bien vestido y estuvo un rato encerrado con la vieja y el viejo, y cómo luego la llamaron y el viejo Hernández le había hecho quitar el vestido y el hombre le apretó los senos. El Inspector seguía abanicándose y lanzando resoplidos.



Cuando Juan García dijo esto, todos miramos a los viejos Hernández, pero éstos no se movieron. El viejo buscaba un lugar para escupir, escupió su tabaco y todos creímos que iba a hablar, pero no dijo nada. Entonces fue cuando Venancio le gritó: "Viejo cabrón". Y los Rurales nos echaron de la ventana. Pero antes Juan García contó

cómo la había matado. Sin alterarse en lo más mínimo, como quien cuenta un suceso natural, siempre mirando al tintero, contó que se había pasado toda la noche hablando con Regina, esperando que el viejo abriera la puerta para que ella pudiera salir. Se habían puesto de acuerdo en que ella echaría a correr hacia la quebrada en cuanto el viejo quitara el candado, que allí estaría él esperándola. Y así lo hizo. Pero después de haber caminado quebrada abajo hasta que el sol quemaba fuerte, no dijo cuánto tiempo caminaron, se dio cuenta de que no tenían donde ir. Que no podía volver a vivir en su casa pues el viejo Hernández era capaz de matarlo y llevarse a Regina otra vez. Entonces fue cuando la metió en la quebrada y la ahogó. Y cuando el Inspector le preguntó el sitio exacto donde la había ahogado, Juan García no dijo una palabra. Es verdad que el Inspector no insistió mucho pero Juan García se negó a hablar. Entonces todos vimos que el viejo Hernández sonreía y se movió inquieto. Después fue cuando Juan García dijo lo de la venta y los Rurales nos echaron. Venancio no quería quitarse de la ventana, al fin se volvió y cruzó la calle y mientras alzaba la tapa del mostrador dijo en voz baja: ése no ha matado a Regina, ése no mata a nadie. Debe tenerla escondida en alguna parte y apuesto a que todavía no se ha acostado con ella. A lo mejor se mete en un lío por querer hacer las cosas legalmente. El Mono apenas había levantado el taco cuando los viejos Hernández salieron casi corriendo de la Inspección. Los que estaban dentro del billar no oyeron al viejo cuando le dijo a su mujer: “Hay que buscar a Regina”, pero yo sí lo oí, y miré a Venancio, que había vuelto a abrir su periódico, y me pregunté por milésima vez: por qué sabe tanto Venancio?

Un cuento para Saroyan

Al salir de la universidad el profesor me ha dicho: "Tiene que tener su libro para la próxima reunión; no volveré a admitirlo si no trae el libro". Yo hubiera querido decirle que todavía no tengo el dinero, que veintiocho dólares no son fáciles de juntar, y sobre todo hubiera querido decirle que si llego a comprarlo ya no podré volver a la pequeña librería donde Sandy trabaja y pasarme todo el tiempo que quiera leyendo los capítulos que él va nombrando durante las clases. En vez de todo esto, le he dicho como siempre: "No se preocupe por mí, profesor, lo tendré seguro para el jueves". Y como siempre, él me ha contestado apuntándome con su paraguas cerrado: "Está bien, pero ya sabe: no se olvide". El profesor ha esperado que cambien las luces del faro y ha atravesado la ancha avenida. Le he seguido con la vista hasta que su figura alta y gris se ha hundido entre la gente que hace girar los torniquetes del *subway*. Luego, como si realmente yo tuviera algo que hacer, como si tuviera prisa por llegar a alguna parte, me he echado a andar apresuradamente hacia el seminario donde tengo que encontrarme con el ruso que está estudiando teología. Todavía falta más de una hora para que el ruso salga pero yo camino de prisa. No es que me moleste el frío pues la nieve no ha acabado de caer y mis ropas están todavía tibias de las aulas: es que quiero llegar a alguna parte. No, hoy no esperaré al ruso para irnos al cine. Me he venido a mi cuarto a juntar todo el dinero que pueda encontrar pues he decidido que tengo que comprar ese libro. Además es un libro que siempre me ha gustado tener. Capítulos y capítulos sobre los colores. Hay páginas enteras llenas de colores, de solo colores, sin texto de ninguna clase, solo colores que se explican por sí mismos. Pero no he podido juntar más de veinte dólares. Es a lo más que llego siempre que me decido a comprarlo. Veinte dólares es mucho más que la mitad del valor del libro y ahora recuerdo que Sandy me ha dicho que ella puede hacer que me lo entreguen si alguna vez puedo llevar más de la mitad de lo que cuesta. Recojo todo el dinero que he desordenado sobre la mesa y lo envuelvo en la carátula de un *New Yorker* que me ha regalado el ruso. En la prisa por ver cuánto dinero tenía me he olvidado de que tengo hambre. Para ir a la librería tengo que pasar por el restaurante de Mack.

"¿Qué hay, Mack?"

"No mucho, Mack".

"¿Sabes una cosa, Mack? Voy a comprar ese libro por fin".

“Lo siento, Mack, vas a perder tu dinero. ¿Por qué no lo apuestas a ‘My Love’, Mack”?

“Bonito nombre, Mack, pero esta vez voy a comprar ese libro. El profesor me ha dicho que no podré volver a clases si no lo compro”.

“¿Y qué: no te he dicho mil veces que Columbia no sirve, Mack?; ni una sola victoria esta temporada, ni una sola. Y el domingo al hoyo otra vez con Cornell. No sé para qué sigues en Columbia, Mack. No he tenido que pagar la comida pues la he apostado con el griego a que Columbia acabará con Cornell el domingo.

Antes de llegar a la librería tengo todavía que pasar a ver a Johnny Saxon, que tiene su bar en la 148. Mr. Saxon es el mejor cocinero de arroz del mundo. Este es un dato muy importante.

“Mr. Saxon, hoy voy a comprar ese libro”.

“No te creo, Al”.

“¿Ve este paquete? Pues tengo veinte dólares en él, y voy a comprar ese libro, Mr. Saxon”.

“¿Pero no me dijiste que ya sabías todo lo que el libro decía de los colores?”

“Sí, pero tengo que comprarlo”.

“No entiendo, Al”.

“Hasta luego, Mr. Saxon. Cuando regrese traeré el libro para que lo vea”.

Ahora tengo que cruzar la calle y preguntarle a la taquillera del Del Mar cuándo van a mostrar por fin películas argentinas. La taquillera me dice lo mismo: que la próxima semana. Está bien. Le digo que no volveré a redactarle los avisos si no traen películas argentinas.

Sandy está como siempre detrás del pequeño mostrador atestado de *pocket-book*s y yo me paro frente a la vitrina y golpeo despacio sobre el vidrio helado. Sandy tiene un grueso libro en las manos y parece muy interesada en lo que dice este libro extraño que yo no había visto antes. Mr. Schneider aparece frente a la vitrina con su *sweater* a cuadros y los lentes al final de su larga nariz. Mr. Schneider está hablándome pero yo no puedo oír sus palabras. No importa. Yo le contesto con igual seriedad y por unos momentos continuamos nuestra conversación sin oírnos. Mr. Schneider alza los brazos y se da vuelta y me deja solo del lado afuera de su librería.

Sandy no se ha dado cuenta de que yo he entrado en la tienda y solo cuando me oye hablarle a Mr. Schneider levanta la vista del libro que ha estado leyendo.

"¿Qué va usted a hacer cuando sea millonario, Mr. Schneider?"

"Con compradores como tú nunca tendré un centavo".

"¿Y para qué necesita usted el dinero, Mr. Schneider?"

"¿Para qué lo necesitas tú? ¿Para qué te sirve a ti?"

"Yo no lo necesito, a mí no me sirve para nada, por eso no me preocupo en buscarlo. ¿Y tuvo hoy noticias de mi novia, Mr. Schneider? Ojalá que este año crezca un poco más. ¿En cuántos años cree usted que estará lista para casarse conmigo?"

Y Mr. Schneider ha comenzado a hablar de su pequeña hija que ha mandado a un pueblo de la Florida. Yo le oigo encantado los mismos cuentos, las mismas cartas que me lee todos los días y miro los retratos de siempre. Es una muchachita preciosa que me manda saludos en sus cartas y es además mi novia de siete años.

"Sandy: vengo a comprar el libro".

Sandy deja de leer y dice con deliciosa sorpresa: "No, no puede ser, Al".

"Sí, veinte dólares en este paquete y ocho más cualquier día de éstos".

Sandy rompe la carátula gruesa del último *New Yorker* y comienza a ordenar en la registradora el dinero poniendo las monedas y los billetes en sus compartimientos. Mientras ella guarda el dinero yo me he puesto a hojear el libro grande que ha dejado sobre los *pocket-books*.

"¿Qué es esto, Sandy?"

"Son los cuentos de Saroyan".

"¿Quién es Saroyan?"

"Es un armenio que nació en Fresno".

"¿Dónde es eso?"

"California. Los cuentos son extraordinarios".

"No sabía".

"Ha hecho cosas extraordinarias en el teatro y en la novela también. ¿No has oído hablar de 'La comedia humana'"?

"Si, es una película con Mickey Rooney".

"No, es un libro de Saroyan".

"¿Y de 'El tiempo de tu vida'"?

"Sí, es una película con James Cagney".

"No, es un drama de Saroyan".

El libro es grande y con dibujos limpios en verde, rojo y amarillo. Pienso que me gustaría tener este libro para ver todos estos dibujos que ilustran los cuentos. Hay una muchacha gorda que está tocando el piano con manos regordetas y ágiles en un cuento que se llama

“Sweetheart, Sweetheart, Sweet heart”. Antes hay una muchacha y un hombre que miran un tren desde una ventana y en el suelo hay cuadros. Este hombre debe estar mostrándole los trenes a la muchacha. El libro está lleno de dibujos y de cuentos.

“Me gustan los dibujos. Si los cuentos son como los dibujos, me gustaría tener este libro”.

“Sí, son como los dibujos pero es muy caro. No podrás comprarlo”.

“¿Cuánto cuesta?”

“¿Por qué no vas a la biblioteca de la universidad y lo prestas: por qué no lees todos los libros que quieras en esa forma?; todos lo hacen”.

“Así no me gusta. Así no pueden gustarme los cuentos y hasta los dibujos me parecerían feos. Para que me guste un libro tiene que ser mío. En un libro de la biblioteca no podría encontrar todas las cosas que hay en los libros que yo compro. Los libros que compran las bibliotecas son escritos para los que van a leer en las bibliotecas, en cambio…”

“Pero si es la misma edición”.

“No importa”.

“No seas loco”.

“¿Por qué?”

“¿Cómo que por qué?”

“Fíjate, por ejemplo, Faulkner les agrega páginas y personajes a sus novelas cuando uno no lo está viendo, así que cuando tú lees un libro de él por segunda vez encuentras cosas que antes no había, y es por eso: porque él agrega páginas cuando uno no está en casa. En cambio, como los libros en las bibliotecas siempre están bien vigilados, Faulkner no puede meterse a agregarles cosas a sus novelas”.

“Ahora estás peor”.

“No, Faulkner siempre está metiendo cosas nuevas en los libros que uno ha comprado. Tal vez Saroyan tenga la misma costumbre, por eso es que quiero comprar este libro de cuentos”.

“Pero es muy caro. Tú no tienes dinero y debes comprar el otro libro, el de los colores”.

“¿Cuánto cuesta este libro de Saroyan, Mr. Schneider?”

“No sé, Al, ¿porqué no le preguntas a Sandy?”

“¿Cómo espera usted llegar a ser otro millonario en Nueva York, si no sabe el precio de sus libros, Mr. Schneider?”

“¡Oh, no!”

“Voy a comprar el libro de cuentos este, Sandy”.

“Está bien. Como quieras. Vale doce dólares”.

“Eso quiere decir que aún nos queda dinero para irnos al cine y

después al bar de Johnny Saxon”.

“No, Al, esta vez no voy a acompañarte”.

“¿Por qué?”

“¿Pero no ves que así no llegarás nunca a ninguna parte?”

“¿Y quién te ha dicho a ti que yo quiero llegar a alguna parte?”

El libro de Saroyan es un bello libro. No hay duda. Afuera, las luces han comenzado a encenderse y la nieve ha dejado de caer. En el bar de Johnny Saxon los banquitos rojos han comenzado a ser ocupados por la gente de siempre.

“Mr. Saxon, siento decirle que no compré el libro de los colores pero mire esta belleza: lleno de cuentos de Saroyan”.

Johnny Saxon levanta la vista de los resultados de esa tarde en Jamaica y me dice: “Ya lo sabía”.

“Mr. Saxon, Sandy vendrá dentro de un momento, en cuanto cierren la librería; ¿qué tal si apostamos una botella a que Columbia acaba con Cornell el domingo?”

“De acuerdo”.

Mientras espero a Sandy, que ha de venir como siempre, Mr. Saxon hojea el libro de Saroyan. Yo pienso en el profesor, en la universidad y en mi amigo el ruso que tampoco tardará en venir.

Y de pronto comienzo a pensar cómo serán los cuentos de Saroyan.

“It may be that there is no place for any of us. Except we know there is, somewhere; and if we found it, but live there only a moment, we can count ourselves blessed…”

Truman Capote (*The Grass Harp*)

Jumper Jigger

Jumper Jigger había comenzado a bailar nuevamente sobre el rectángulo negro que vibra al final de la regla de pino. El taptap-tap-tapin de sus pies desarticulados se elevaba por encima de todos los sonidos y nos mantenía atados al desgonzamiento de su danza. Ninguno de nosotros estaba mirando a Jumper Jigger. Estábamos demasiado acostumbrados a él, demasiado acostumbrados a su baile: siempre igual, siempre distinto. Y aunque nadie, ninguno de nosotros, podía decir que le interesaban los bailes de Jumper Jigger, éste era el sonido que juntaba nuestras soledades, diluyendo los cuerpos y uniéndolos unos a otros con su repetido tap-tap-tap-tapin. Y tampoco ninguno de nosotros había puesto nunca a bailar a Jumper Jigger. Se pasaba el tiempo desgonzado sobre su tablerito negro, sostenido por la flexible varilla vegetal que le salía del centro de la espalda y que era tan largo como la regla de pino al final de la cual vibraba el brillante tablerito negro. De alguna manera sabíamos que él no bailaría lo mismo para nosotros. Para ninguno de nosotros. Ni siquiera para el Mexicano con sus ojos llenos de cadáveres y los oídos sonoros de combates en Normandía y su espeso silencio, tan parecido al del hombre que siempre hacía bailar a Jumper Jigger, y sobre todo tan parecido al del propio Jumper Jigger. O tal vez era porque Skip nunca llegaba en las tardes. Pero era que nosotros no podíamos decir el tiempo ni la estación cuando Skip llegaría y Jumper Jigger comenzaría a bailar. Porque el tiempo había dejado de ser medido y una sola estación había comenzado dentro de las paredes aun antes de que Skip naciera, aun antes de que Jumper Jigger hubiera sido comprado en Georgia, mucho antes también de que el Mexicano hubiera comenzado a disparar su ametralladora en Normandía y el taptap-tap-tapin de los pies desarticulados de Jumper Jigger y el tap-tap-tap-tapin de los miembros desarticulados sobre Normandía se hubieran convertido en un mismo tap-tap-tap-tapin.

Alguna vez se habían congelado los engranajes del reloj redondo pegado a las paredes, sostenido allí únicamente por el gran vertical rojo que se había estacionado tres puntos redondos y negros antes de llegar al trazo recto y negro que iniciaba un número. Y cuando entró con sus libros limpios, olorosos a papel nuevo, sus pantalones azules y su grueso saco marinero, y sacudiendo la nieve que comenzaba a derretirse entre el laberinto de cabellos amarillos y los pliegues de una pañoleta multicolor, había preguntado la hora: alguien le dijo: “Las

dos y diecisiete”.

En un aula, el calor salía uniforme como de un gran acordeón petrificado y en un corredor repetido de grandes acordeones petrificados los relojes hacían pasar a intervalos mecánicos un largo vertical rojo sobre los trazos negros y los puntos negros y los gruesos horizontales negros. Y mientras la nieve se derretía en cincuenta y siete zapatos afirmados en sus tobillos, alguien había comenzado a hablar sobre Joyce. La nieve estaba sucia y barrosa debajo de cincuenta y siete zapatos, pero Joyce había aparecido en quebradas líneas blancas sobre la grisosa superficie del tablero. Y otra vez había nacido la nieve sobre los infinitos zapatos. Y otra vez se había derretido. Y otros nombres habían sido aprisionados con líneas blancas sobre tableros grisosos. Pero todavía eran las dos y diecisiete en un reloj redondo. Y ya Jumper Jigger había comenzado a bailar.

Los libros no perdieron su limpio olor a cosa nueva y debajo del grueso saco marinero comenzó la blancura de una blusa de barcos lilas. Los barcos libertados se curvaron sobre la línea del bar; cedieron sin romperse a la dureza oscura de la madera y se quedaron allí: naufragados en sí mismos. Skip principió a tamborilear sobre el comienzo de la regla de pino y Jumper Jigger saltó súbitamente para empezar a bailar. Y al final de la blusa, donde los barcos lilas habían sido cortados al descuido, se inició la sorpresa de la muchacha.

“Joe”

La moneda ni siquiera brilló en la mano hinchada, fofa, casi viscosa. Joe comenzó a reírse otra vez. A reírse con esa risa que nunca había conocido el sonido y de la cual no podía decirse que era una muestra de alegría. Los ojos debían dilatarse, los músculos de la cara distenderse, los sonidos comenzar a oírse para poder decir que era una risa. Pero la cara de Joe siguió exacta. La mueca comenzó otra vez: ampliada hasta el límite de los dientes carcomidos.

“Joe”

La cabeza inició un movimiento igual y monótono de cortas y rápidas afirmaciones. Joe siguió asintiendo y riendo hasta que la saliva comenzó a gotear a intervalos cada vez más cortos, convirtiéndose en chorritos espesos que se quedaban colgados de una comisura y tardaban en caer sobre los cuadros negros y rojos de la camisa que algún viajero del norte de la península le había regalado.

“Joe”

La moneda se perdió un momento entre la mano regordeta y viscosa y reapareció increíblemente victoriosa de un combate con los enormes tentáculos que rodeaban el círculo sin brillo. Del largo viaje sobre superficies sin eco, blandas y humanas superficies, la moneda

despertaba al cuerpo sonoro de su metal y chocaba contra sus hermanos metales en el vientre cerrado del tocadiscos, Joe se quedaba al acecho de su recorrido y al final comenzaba a hundir la doble hilera de botones numerados. Cuando el último botón había repelido el último dedo amarilloso, Joe volvía su húmeda sonrisa hacia el hombre: pero ya Jumper Jigger había comenzado a bailar de nuevo y Joe iniciaba entonces su lento y derrotado regreso hacia ningún lugar.



La mano apareció otra vez sosteniéndose con trabajo en el aire, los dedos se movieron por unos cortos segundos y luego cayó sobre la madera del bar para quedarse allí, absorbida por la oscuridad, deformándose como un gran animal ahogado. El choque de la botella sobre el borde invisible del vaso y la caída del líquido desde lo alto del

brazo de Harry crearon un nuevo movimiento. La cabeza del hombre apareció al comienzo de la línea ancha de los labios redondeados sobre el vaso. Luego todo el cuerpo, naciendo a medida que el líquido llenaba los vacíos, apareció en un solo trazo, en un solo espasmo alcohólico: comenzado en la curva de la cabeza y terminado en el bamboleo constante de un par de piernas colgando en el vacío a una distancia inmensa del primer travesaño de la alta silla apretada contra el bar. El sonido roto de la risa del hombre hinchó los barcos que se separaron rechazando la línea de madera del bar.

Skip había entrado en algún momento de esa hora permanente, en algún momento de las dos y diecisiete. Todavía la muchacha tenía sobre sus hombros el grueso saco marinero pero ya la nieve había desaparecido de la pañoleta y aun las gotas acuosas habían sido absorbidas. Pero Skip echó parte de su nieve en el mostrador al lado de los libros intactos. Y comenzó a preguntar. Había un cuarto en un dormitorio de ladrillos rojos y los retratos masculinos de una compañera que se levantaba de pronto en la mitad de la noche y comenzaba a besarla en un sueño. Había también un pueblo en lo alto de la península con su dolorosa blancura en invierno y los lagos repitiéndose en canoas verdes en los cortos veranos. Había nombres y una escuelita con animales de Walt Disney colgados contra las paredes despobladas. Había siempre nieve, y la soledad: que había comenzado a nacer mucho tiempo después de que los ratones de sacos rojos se fugaron de sus cuadernos. El aula con Joyce resuelto en tiza blanca apareció de pronto. “No me gusta Joyce y no quiero que lleguen nunca las tres. Quisiera llamarme Lavinia, como en un cuento, como en el título de un cuento”. Y había otra vez la larga nieve y en el cuarto triangulado con banderines de siete colegios la soledad había crecido más alta que el mismo cuerpo de la muchacha; la sentía patalear en su vientre como un niño hasta que no pudo contenerla más, y siguió creciendo, creciendo, creciendo, creciendo, hasta cuando fue más grande que su cuerpo duro y adolescente, le invadió los sueños y creció aún más allá de lo soñado y la compañera siguió besándola en la mitad de la noche hasta que hubo sangre en sus labios hinchados. Pero su voz había sonado antes de su asombro, antes de que el tap-tap-tap-tapin de Jumper Jigger hubiera atado los dedos ágiles de Skip a la regla de pino. Y ahora se oyó otra vez. Se oyó sobre la música que había salido de los dedos de Joe. Y sobre el desgonzarse de los pies de Jumper Jigger, contra el eco del último golpe de su cuerpo sobre el tablerito negro. Se oyó aun sobre el bullicio de Normandía que colmaba los oídos del Mexicano. La risa sujetada del hombre se quebró como la música de un disco detenido de repente y

la voz de la muchacha preguntó la hora nuevamente. El sonido pertinaz de las ametralladoras se apagó y el grito del Mexicano trató de alcanzar el desbordamiento de barcos azules que se precipitaban hacia la puerta. “Lavinia! Lavinia! Como en un cuento”. El tap-tap-tap-tapin de Jumper Jigger se deshizo en los dedos de Skip, sus miembros hicieron un ruido grotesco al rebotar sobre la regla de pino que siguió vibrando en el vacío como un trampolín. Cuando el Mexicano abrió la puerta el sol iluminó el cuerpo roto de Jumper Jigger, y en la calle la sofocante tarde de verano le hacía saltar el sudor de la piel bajo la tupida lana de su abrigo.

El piano blanco

«Yo estaba enamorado del piano blanco. Y ella lo sabía. Lo descubrió con esa asombrosa capacidad que tienen las mujeres para descubrir cosas como ésta o como la homosexualidad en los hombres que la esconden celosamente. Tal vez porque de niño me faltó todo, y en la casa de vecindad donde viví no había siquiera un trozo de madera con que fabricar un juguete, fue por lo que adquirí la costumbre de aferrarme a los pocos objetos que durante esos años caían por casualidad en mis manos. El osito de cristal morado que encontré una vez en una calle alegre y al que le faltaba la cabeza, ha vuelto a mi memoria muchas veces en estos días. El osito era parte de mi vida y cuando mi padre lo pisó —recuerdo perfectamente ese momento pues todavía al pensar en el osito morado siento apretárseme la garganta—, esperé por muchas veces a que llegara borracho y cuando eso ocurrió lo empujé con toda mi venganza desde lo alto de la escalera. Las personas no me impresionan tanto como los objetos, y aunque he intentado muchas veces querer de veras a una mujer no lo he conseguido. En cambio las cosas, las cosas me atraen, me seducen con sus líneas iguales y esa sensación de seguridad, de inmutabilidad que emana de ellas. Yo soy un hombre normal y comprendo que esta costumbre mía de enamorarme de las cosas es malsana. Y he luchado para dominarme. Pero las cosas son más fuertes que las personas, no se dispersan como las personas y en su unidad son más fuertes que nosotros.

Recuerdo perfectamente cómo empezó lo del piano blanco y cómo traté de no verlo más, de apartarme de él. Pero todo conspiró contra mí. Fue como si el piano blanco hubiera buscado todos los medios para seducirme; exactamente como lo hubiera hecho una mujerzuela. Yo siempre deseé tener un piano. Desde cuando aprendí a tocar. Durante las larguísimas horas de práctica cuando las yemas de los dedos se me adormecían y la música igual, igual, igual, de tanto repetirla se me desvanecía en los oídos y quedaba yo solo, con el piano, las teclas empujaban suavemente mis dedos adoloridos compadeciéndose de su martirio. Desde entonces se formó en mí ese desmedido amor por los pianos. Hasta el punto que los demás objetos, los que antes me llamaban la atención, dejaron poco a poco de impresionarme y sólo los pianos, con sus líneas esbeltas y puras y la suavidad infinita de sus teclados ocuparon mi vida. Deseaba ardientemente poseer un piano, pero al mismo tiempo tenía un miedo

terrible de enamorarme demasiado del que yo escogiera, de compenetrarme tanto con él hasta que llegara un momento en que me fuera imposible tocar en otro. Tenía miedo de que mi amor por los pianos se materializara en un piano, en un único piano. Muchas veces me ha sucedido que durante un concierto llego a amar con tal fuerza al piano en el que estoy tocando que tienen que separarme a la fuerza de él; bajan el telón y me sacan casi a rastras del escenario mientras el público, que nada comprende, y que ha visto complacido prolongarse el concierto por tres o cuatro horas, protesta. Yo nunca miro el piano antes del concierto, ni siquiera voy al teatro, y así cuando entro al escenario y lo veo en el centro, solo con su ala de cuervo lanzada al aire, con sus patas delgadas y correctas y el interminable camino del teclado, no puedo reprimir el formidable deseo de correr hacia él y acariciarlo con mis dedos. Y es que mientras me he estado vistiendo en el camerino, alargando lo más posible el encuentro, lo he imaginado de mil maneras, lo he forjado en mi mente, lo he presentido tal y exactamente como lo veo después. Antes, antes de ahora, se daba el caso de que mis conciertos en un mismo teatro se prolongaran por meses. Esto sucedía cuando descubría en el piano de ese teatro un detalle íntimo, y se establecía entre el piano y yo ese amor que nace de compartir un secreto. Pero esto era antes de ahora, pues ella, que lo descubrió, que descubrió lo que nadie había descubierto y que lo atribuían a genialidades de mi talento de artista, dispuso que yo no diera más de un concierto en el mismo teatro y con el mismo piano. Y sin embargo a ella la conocí por el piano blanco. Y si no hubiera sido por él nunca me hubiera mudado a su casa. No debí hacerlo. Ahora me arrepiento. Pero el piano blanco me atraía con tanta fuerza!

Cuando entré por primera vez a esta casa y lo vi en su rincón, abandonado como un gran animal blanco y triste, comprendí que debía alejarme enseguida de aquel lugar, que no debía volver más a esa casa: ése era el piano por el que yo había estado aguardando, por el que yo no había querido entregarme a ningún otro, el piano presentido y deseado en todos los pianos que yo había tocado en mis conciertos. Pero ella me obligó a venir, me invitaba diariamente y me hacía pasar largas horas en la salita del piano blanco, con él a mis espaldas y ella a mi frente. Yo sabía que llegaría el día cuando no podría resistir más a esta situación y me hice el propósito deliberado de prestar la menor atención posible al piano blanco. Y me negué infinidad de veces a tocarlo. Prefería el otro, el viejo y feo piano del salón. Pero cuando podía escaparme de las gentes que me rodeaban y que me pedían durante las fiestas que ella organizaba para mí que

tocara, cuando los complacía, me escabullía a la salita del piano blanco y allí lo miraba en la oscuridad, con su blancura grisosa, y le pedía perdón por haber prostituido mis deseos con el piano viejo y feo del salón mientras él permanecía allí en su rincón, puro y blanco y en silencio. Ahora pienso si todo fue planeado fríamente por ella. Si no fue ella quien arregló todos los detalles como una vieja alcahueta para que me enamorara del piano blanco. Es verdad que ella nunca me pidió que lo tocara y que no había en la casa otra sala más agradable que esta donde me recibía siempre. Y es verdad también que ella nunca lo mencionó ni me dijo su historia, ni alabó la blancura de sus maderas. Nunca habló del piano blanco. Y es precisamente este silencio el que me hace pensar que todo esto fue calculado y premeditado. Sucedió así: yo había venido esa tarde como de costumbre, pero ella había salido. Cuando Emma me dejó solo en la salita y vi asombrado que el piano blanco estaba abierto, ofreciéndoseme con su teclado virginal anhelante, no pude contenerme y me senté a tocar. No sé cuánto tiempo transcurrió. Ella debió llegar mientras yo tocaba. Pero cuando Emma vino a avisarme que la señora me esperaba arriba, la noche había invadido la salita y el piano blanco parecía un fantasma en su rincón: sonando y sonando con las últimas resonancias de mis dedos. Ella no dijo una palabra. Yo había cerrado el piano con las llavecitas que encontré sobre el banquito y las guardé. Yo era el único dueño del piano blanco o él mi único dueño, no podía decirlo. Ella se dio cuenta, tuvo que darse cuenta porque a los tres días cancelé todos mis conciertos y me vine a vivir con ella. Ahora comprendo que lo había descubierto hacía mucho tiempo y que lo planeó todo para que sucediera como sucedió. Cuando comenzó a insistir en que la dejara en casa durante mis jiras cortas, la cosa no me inquietó mucho. Pero estaba determinado a no hacerlo, pues presentía sus intenciones. Al principio fue como una sensación muy vaga de temor, pero a medida que fui acumulando detalles y comprendí lo que ella buscaba la temí y la odié al mismo tiempo. Me privaba a mí mismo del infinito placer de tocar el piano blanco para que ella no lo viera, para que no lo oyera porque ya estaba seguro de que ella lo odiaba con la misma fuerza con que yo lo amaba. Yo no quería dejarla en la casa. El concierto que tenía que dar anoche iba a ser el comienzo de una larga jira y el médico insistió en que el ajetreo de los viajes le haría daño por su estado. Sabía lo que iba a suceder, por eso volví hoy. Por eso no pude tocar anoche. Esta salita es como un túnel oscuro y silencioso. Sin el piano blanco y con ese hueco negro donde él hace falta y ella con los ojos abiertos y ese vientre tan grande que yo no había notado antes: esta salita parece un

túnel».

"I love her more than I love anybody else in the world, and she's a liar and a crook.
I'll
always love her more than I love anybody else in the world, and
she's
a cheap, conniving, giddy, stupid girl".

Saroyan (*Rock Wagram*)

Nuevo intimismo

"Yo lo sabía, yo sabía que Dios no me dejaría tenerlo". Las palabras eran duras, duras y ásperas. Pero él no las oía. El movimiento lento y acompasado del pecho hacía bajar las gotas de sudor hasta el centro del vientre. Sentía el sudor aflorar en cada uno de los poros a lo largo del cuerpo. Sentía el nacimiento de cada gota. Seguía el proceso en cada una de sus fases, ponía toda su atención en ello pues tenía miedo de oír las palabras, tenía miedo del llanto que todavía no había llegado, pero que llegaría, que llegaría inevitablemente. Y sabía que después del llanto, ya no habría palabras que decir. Pero las palabras eran más duras y fuertes y agudas que la penumbra y el sudor. "Es Dios, es Dios que no me deja tenerlo. Y yo lo quiero tanto, yo lo deseo con tanta fuerza. Y es Dios, es Dios quien no quiere que yo lo tenga porque yo soy mala y nunca me dejará tenerlo, nunca, nunca". La rabia había comenzado, había comenzado con las primeras palabras, con el primer sonido de la luz azulosa de la lámpara contra la agitada oscuridad del cuarto, y había ido creciendo con cada una de las palabras de ella, con cada gota de sudor que nacía sobre su piel cansada. "Sí, tú eres mala, pero no es Dios, no es Dios porque él no se mete en nada, no puede meterse porque no hay tal Dios. No, no es Dios. Eres tú, tú que eres mala, es la farsa en que vives". Las palabras habían comenzado a formarse hacía tiempo, desde el comienzo de la luz azulosa, pero no había variado, todavía con los ojos buscando un asidero en la espesa oscuridad del techo. "Sí, es la maldad que te seca el vientre y te estrecha las caderas". Él sabía que esto era lo último que él podría decir pues el llanto vendría después. Y la risa aguda, cortante, amarga, penetrante, llenó el pequeño cuarto y desalojó la luz azulosa y la oscuridad y el sonido de las palabras de ella. Y se quedó sola, rebotando en los cuerpos humedecidos. "No, tal vez no es Dios. Tal vez eres tú". La risa siguió sonando, llenándola toda, tratando de destruir las palabras. "Sí, tú, tal vez eres tú". Y se abrió el sonido del llanto. Sin lágrimas. Roto. Intermitente. Sacudiendo el pequeño cuerpo sudoroso de la mujer. Y la voz de él todavía envuelta en la risa. "No seas imbécil".

Él no había variado. El techo había comenzado a aparecer en círculos grises, había comenzado a abrirse lentamente y la vista redonda seguía agrandando los círculos. Había perdido el desarrollo de las gotas de sudor fraguándose en toda la extensión de su piel. De pronto llegaba hasta sus manos la sensación de humedad, pero ya no

podía precisar si se desprendía de su cuerpo o del cuerpo de la mujer. Pero todo esto había finalizado muchas horas antes, o apenas unos segundos antes, pero él no podía decirlo pues el tiempo había dejado de ser medido y sólo quedaba el constante sonido del reloj en algún lugar del cuarto. Todo había finalizado y sólo quedaba la esperanza del llanto, la esperanza de las lágrimas que no acababan de llegar.

"Yo lo quiero, yo lo quiero. Porque me diquebradasrotaslaspalabrasporelquebradoyrotosonidodelsollozo".

El llanto tenía que empezar, tenía que iniciarse y romper la tensión. Los brazos buscaron sus hombros. Recorrieron primero la espalda rompiendo los globos redondos que se habían formado en cada poro, se enredaron en una cabellera vegetal y por fin diez sensaciones redondas se aferraron a los hombros deslizantes de la mujer. Ahí estaban los ojos, resecos, abiertos, pero secos, mirando sin asombro, mirando hacia ninguna parte, mirando hacia ningún objeto, abiertos pero secos. La cabeza se dobló violentamente primero contra la espalda y luego contra el pecho y otra vez contra la espalda. El movimiento continuó por unos instantes. Algunos cabellos perdieron el ritmo y se quedaron indistintamente en el pecho y en la espalda. Un muchacho ha sacudido un árbol después de la lluvia. El llanto comenzó a caer, pequeño, miedoso, contenido. Los brazos atrajeron los hombros. La cabeza cayó contra el pecho del hombre, duramente, pesadamente. La blancura de los senos fraguándose hacia el vientre, naciendo y desapareciendo con cada respiración. El hombre sintió la huida de todos sus músculos. La tensión cedió. Cada célula se expandió. La piel comenzó a distenderse a medida que el llanto llenaba su cuello y subía hasta sus oídos, acompasado, continuo, uniforme. Y paralela al llanto la voz blanda, humedecida por las lágrimas, ya no dura, ya no cortante, ya no grotesca.

"Por qué, por qué no puedo tenerlo. Yo lo quise tanto. Lo imaginé con tanta fuerza que ya había tomado forma en mi vientre. Tenía ese cabello de arena tuyo, y esos dedos feos y largos que tú tienes. Y de mí no tenía sino la voz, mi voz porque tú dices que es lo que más te gusta. Por qué Dios no me deja tenerlo? Por qué, por qué?". Los besos del hombre caían constantemente sobre la cabeza de la mujer. Con los labios llenos de cabellos él oyó su voz.

"Las horas que yo me pasé imaginándolo. Descubriendo el color de sus ojos, la forma de su boca. Y ayer cuando ya estaba segura de que lo tendría, de que nadie, ni tú, lo podría impedir, se lo dije a las muchachas, y se lo dije a Rita, y se lo dije a Sammy, y se lo escribí a mamá. A todo el mundo se lo dije, menos a ti. A ti no te lo hubiera dicho nunca".

La risa, su defensa, la única defensa de él contra las palabras que se le entraban por los oídos y le poseían el cuerpo y el pensamiento, contra las palabras que quería oír pero que tenía miedo de oír, su defensa contra la alegría que amenazaba con llenarle la cabeza.

“Y todo te falló. Todo el tiempo perdido imaginando tonterías. Todas las palabras perdidas. La próxima vez tienes que asegurarte primero antes de comenzar a hablar. Si es que hay próxima vez. Al menos conmigo no habrá próxima vez”.

Pero el llanto no alteró su ritmo, ni las palabras se interrumpieron mientras él dijo las suyas. Y la rabia comenzó otra vez con el fracaso de su voz. Ella no había oído, no había querido oír, porque el llanto y sus palabras continuaron iguales, uniformes, incambiantes. “Yo sé que es Dios, yo sé que es Dios quien no me deja tenerlo. Pero por qué, por qué? Yo llegué hasta rezar por él, llegué hasta pedirle a Dios por él. Que lo hiciera distinto a ti, distinto a mí. Que tuviera todo lo que yo adoro en ti y todo lo que te gusta de mí. Pero que no tuviera tus defectos ni los míos. Yo quise lo mejor para él. Y esto lo sabe Dios. Yo hubiera sido buena, y lo hubiera querido como a nadie. Por qué Dios es tan cruel conmigo. Por qué no me lo deja tener?”.

Él se iba perdiendo en el llanto, no en las palabras, no en su voz, pero en el llanto. En ese llanto constante y persistente. Uniforme. Ese llanto que recogía o desbordaba por sus ojos toda la amargura de la mujer, que limpiaba el cuerpo y la mente, que circulaba como una nueva sangre cristalina y la dejaba limpia e inerme, infantil y pura. Y los besos del hombre comenzaron a bajar por la frente, a buscar sus ojos. Recorrieron la permanente humedad de sus mejillas y apagaron por un momento el sonido de las lágrimas en los labios de la mujer. “No, no es Dios. Tal vez soy yo. Sí, tal vez soy yo quien no lo puede tener porque no lo quiero o porque no puedo. Quizá es mi culpa. Hay que desearlo para que se haga real y yo no lo deseo. Yo no lo quiero. Es mi culpa. Y sé que es mi culpa”. Pero las palabras de él se quedaban en el límite del llanto. “No, no es eso porque yo lo he deseado con una fuerza que es superior a tu deseo, que es mayor que tu deseo y mi deseo juntos. Es como un castigo, es como una condena a la soledad cuando tú te vayas, cuando no te vea más no habrá allí nada para mí sino la soledad. Es eso, es Dios que es cruel. Es él que sabe cómo lo deseo que se venga contra mí, es él que es cruel, es él”.

Y el llanto penetró en su cuerpo, dobló su resistencia. El hombre cayó con sus besos sobre el cuerpo de la mujer abatido por el llanto. “No llores más. Ahora sí lo vas a tener pues yo lo quiero, ahora yo lo deseo con tanta fuerza como tú. Y podemos empezar de nuevo, podemos comenzar otra vez a crearlo, y esta vez yo te ayudaré a

imaginarlo. Yo lo deseo, no ves que te quiero”. Pero el llanto continuaba hondo, constante. Las manos del hombre recorrieron el cuerpo atrayéndolo contra sí y los labios del hombre recorrieron el cuello y se detuvieron en un seno. Las palabras del hombre salían trabajosas por los besos y la mujer seguía sollozando. Las manos de la mujer se movieron por primera vez para comprimir la cabeza del hombre contra la suavidad redonda del seno. El llanto fue alejándose hasta convertirse en pequeñas convulsiones sollozantes. “Verdad, que tú lo quieres también? Verdad que lo quieres”. Los labios del hombre recorrieron el camino ascendente del cuello y se detuvieron en la frente y comenzaron a besar los ojos de la mujer. “Tonta, tonta, claro que lo quiero. Te quiero tanto, te quiero tanto”. En los cuerpos había desaparecido la humedad, el hombre sintió la piel tensa y seca de los brazos de la mujer envolverse fuertemente alrededor de su cuello. Y todavía en pequeñas convulsiones sollozantes llegaron las últimas palabras de la mujer. “Dime que tú lo quieres también, dime otra vez que tú lo deseas. Dímelo, sí, sí, sí”. Y en la pequeña insistencia infantil el hombre perdió la noción del llanto y los sollozos.

“Old man”, she said, “have you lived so long that you have forgotten all you even knew or felt or even heard about love?”

Faulkner, (Delta Autumn)

Tap-Room

"… whisky, por favor". Permiso, permiso… "… te digo que Marión es distinta" Gracias, no "Sí, doble, sírvalo… "Una vez, hace años, yo no soy un político, no señor, pero verá usted… "Por favor… "Yo digo que durará, es Sartre… "… no, no señor… "Whisky "Nueve ochenta y "… tú no me comprendes, no me has comprendido nunca "Dos Martinis "Firmaré eso "… permiso "Gracias, yo "… finalizar con 367 "… llénelo, sí, igual "Pero es que usted no comprende que la estabilidad de las relaciones internacionales… "doble, sí, doble por favor "Marión, quiero a Marión, es que tú "… seco, bien seco, eh "Otro whisky "Yo no lo creo así» "… y siete con treinta y cinco "… por favor "Perdón, señor "Whisky "Joe, el caballero "… pero ten calma, despacio, despacio "… a Marión, no la conoces "… no es el problema, yo digo "Whisky" "… permiso, permiso" "Whisky "… gracias señor» "Whisky "Whisky.

Y en cada uno de los espacios se amontonaba pensamiento. En el gran sonido total se abrían grietas: y esas grietas se llenaban de pensamiento. Alguien estaba metiendo estopa en la cabeza de una muñeca morena, ligeramente morena. Y las hilachas negras, grises, blancas, grises, negras, blancas, caían sobre la cara de la muñeca.

… Lo esperaba, claro que lo esperaba; yo lo sabía; "no te hagas el ofendido, no te queda bien"; pero no lo conozco, no lo he visto nunca; tengo que portarme como un caballero o como un tonto, no hay escogencia; "creo que puedes comprender"; "debes comprender, es lo que espero"; yo lo sabía, no de hoy, yo lo sabía; porque tengo que comprender; pero, es que puede llamarse solución; "el melodrama pasó de moda, entérate de una vez"; la lealtad, la lealtad; lo menos que podía esperar; yo lo sabía, lo sospechaba; tengo que encontrar la clave, tengo que hallar el instante cuando lo supe; Ricardo, Dick, Dick Martin; "no seas tonto"; "no es hora de explicar"; es el fin, el inesperado pero eterno final; no, no me toma de sorpresa, yo lo sabía, tenía que saberlo, tengo que encontrar un indicio, tiene que haberlo, es algo tarde para creerlo; "estás tratando de hacerlo todo más difícil"; es una satisfacción el no ser tomado de sorpresa, claro que lo sabía, tenía que saberlo, claro que lo sabía, yo lo sabía, lo sospechaba; "no seas ridículo"; "estás muy cerca de lo grotesco"; cuándo lo sospeché, cuándo, Dick Martin, tengo que recordarle, yo lo he visto; vas al teatro; "no"; me estoy diciendo a mí mismo que lo sé, que lo sabía, que no es una sorpresa, que estaba enterado, estoy seguro de haberlo

visto; “no insistas, por favor”; enterado, enterado de todo; “me duele que te portes así”; lo sabía, lo he sabido las otras veces; “no hubo otras veces”; pero soy un caballero, tú lo has dicho; “hubieras hecho esto más sencillo”; “dónde está tu dignidad”; “la predicada hombría”; “déjame siquiera ese recuerdo”; “no seas imbécil”; “sigue si eso te sirve de algo”; qué se hicieron los poemas; “no puede ser, no resultaría”; y ahora hago el ridículo, estoy resucitando el melodrama; “no podría, no sería decente”; decente, pero quién es decente; yo lo sabía, si lo he sabido siempre; “comeremos fuera”; no puedo dominar la situación, no pude desde el principio; yo lo sabía, pero estoy haciendo el ridículo; “me espera a las nueve”; y tú te atreviste a hablar de dignidad; claro que eres mucho menos que una perra, ni siquiera eres franca, mucho menos que nada, siempre lo has sido, y yo lo sabía; “siento de veras que lo hayas echado a perder”; echado a perder, echado a perder, a perder qué; “mi abrigo por favor”.

Y la estopa toda dentro de la cabeza de la muñeca morena. Alguien dejó entonces de apretujarla porque había quedado toda dentro, totalmente dentro; gris, negra, gris, blanca, gris, negra, gris, blanca, gris. Los sonidos se juntaron violentamente, estrechando las grietas, haciendo saltar el pensamiento.

Whisky permiso Marión es distinta sí doble gracias yo no soy un político por favor yo digo whisky nueve ochenta es Sartre comprendido nunca yo Martinis llénalo firmaré con 367 whisky estabilidad relaciones internacionales Marión whisky treinta y cinco Joe permiso Martinis el problema sécalo sécalo permiso whisky gracias permiso Marión whisky Joe whisky Marión whisky permiso whisky Marión whisky.

De pronto los sonidos comenzaron a resbalar sobre la madera humedecida del mostrador; separándose unos de otros, restituyendo las grietas, convirtiéndolas en grandes espacios. Los espacios haciéndose mayores. Cada vez más amplios. Hasta que hubo cupo para la melodía. Y luego hubo tanto espacio entre el último sonido y la melodía, que la voz ascendió desde el ángulo más lejano. Ascendió libremente, y se amontonó sobre la estopa apretujada.

> … Put the blame
> on Mammy, boys
> put the blame on me.
> Mammy kissed a buyer
> from out of town.
> That kiss burned Chicago town.
> So you can put the blame
> on Mammy, boys,
> put the blame on me…

La voz se adelantó un instante a la melodía; quedó sola en el gran espacio abierto, sola en su magistral triunfo. Pero se calló enseguida; se apagó al apagarse la melodía, como si fuera ésta quien la sostuviera erguida. Y el espacio quedó completamente vacío.

Y la cabeza de la muñeca morena explotó: sin ruido, de un golpe, súbitamente, pero sin ruido. La estopa se derramó sobre la madera mojada del mostrador. Y lo negro, y lo gris, y lo blanco, y lo blanco-gris, y lo negro-gris, y lo negro-gris-blanco se pegaron al vidrio como mechones de pelo a una frente sudada.

Los pensamientos se pegaron también a algo húmedo. Se hicieron una masa amorfa y se disolvieron por fin en el líquido. Tan cerca estaba el pensamiento de la madera humedecida del mostrador que la cabeza descansaba sobre la brillante superficie.

—Por favor, caballeros, permiso. Levántalo, Joe—, permiso caballeros, permiso.

—La bufanda jefe, recójala.

—Por la otra puerta Joe.

—Ponlo en un taxi que lo lleve a su casa.

—Esta noche lo tumbó pronto, eh jefe?

—El mostrador, Bill, sécalo.

Apéndice

Proyecto para la biografía de una mujer sin tiempo

I

1 — Ella

0 — La luz entra por las persianas de láminas oblicuas, choca contra el suelo sin reflejarse. Se queda ahí aprisionada en la opacidad de los mosaicos, enredada entre las cenizas y las colillas que se han desparramado por el piso después de que los ceniceros estuvieron colmados. La luz no avanza. Está ahí, sujeta al tablero de los mosaicos como una cinta de la cual no se puede decir que es brillante, ni siquiera blanca, pero es que no puede decirse que es de ningún color porque no lo tiene o su nombre no se conoce. Una cinta fija sobre el piso de rectángulos alternos, uno de ellos tiene que ser negro, y el otro de una coloración indefinida. Tal vez sea gris, éste es el color que más se le aproxima, pero no puede precisarse.

Es una cinta que más bien parece una abertura hecha en la espesa oscuridad del cuarto. Una cavidad vacía que estaba esperando que la llenen de algo de algún color, de alguna materia que pudiera nombrarse.

Y esto es lo que está fijo en el suelo. Porque la luz que se alza de la cavidad vacía, bordeada de colillas apagadas y de colillas que parecen estar todavía encendidas como si el fuego las hubiera vuelto a quemar por el lado contrario al que había ardido en un principio, no es luz. Pero el encendimiento de las colillas no es realmente fuego, es *rouge*, un *rouge* violento y ofensivo. No es un rojo común y corriente del que usan las mujeres que vemos todos los días en todas partes y al cual llegamos a acostumbrarnos tanto que nos parece coloración natural de los labios. Ni es del rojo discreto que usan las colegialas, tan desvaído y tímido que al besar no ensucia los labios de los hombres. Es un rojo definitivo. Un rojo que dice a gritos su color. Los labios de un hombre, al ser besados con este *rouge*, debían adquirir un aspecto trágico como si en vez de besarlos los hubieran mordido fuertemente hasta hacerlos sangrar.

Es de esa clase de *rouge* que usan las mujeres cuyos labios han perdido la vitalidad, labios exangües como dos rayas amarillas y ajadas que se han pintado sobre el rostro.

La luz que se levanta del suelo y se mete entre las láminas oblicuas de la persiana, pasando justa, ceñida al marco metálico de la ventana, tampoco es luz. Es como si alguien estuviera usando un ventilador

detrás de la persiana, y sacara polvo y polvo en un continuo aspirar sin detenerse nunca, pero sin acabar tampoco con todo el polvo que llenaba el cuarto.

Por un momento se podía creer que las colillas iban a escapar por las rendijas de las láminas de las persianas, que iban a ser absorbidas por el misterioso aspirador que sacaba el polvo del cuarto. Pero no, se quedaban allí, quietas, inmóviles sobre la abertura incolora de rectángulos alternos. Ni las grises, definitivamente apagadas, ni las encendidas de *rouge* llegaron a moverse, a cambiar de sitio, a ascender por la columna de polvo que extraía además toda la luz que hubiera la noche anterior en el cuarto.

Esa es la idea exacta que da la columna imprecisa que se escapa incesantemente por las rendijas de las persianas. Por allí, por esas aberturas oblicuas y largas es por donde se escapa toda la luz del cuarto, dejándolo sumido en una oscuridad espesa, total, en la que los objetos hacen esfuerzos por destacar sus contornos acercándose a la columna ascendente.

Sí, eso es exactamente lo que sucede: la luz no entra al cuarto. Este había estado iluminado toda la noche y no tenía por qué estar oscuro. Ahora la luz huía del cuarto, escapándose por entre las láminas oblicuas que cuelgan sobre los cristales de la ventana.

Todos se habían dado cuenta de esto, de que se iban a quedar en una oscuridad completa y terrible: las sillas, las mesas y hasta los cuadros que parecían pegados a la pared, y hasta las paredes mismas, se acercan con lentos pasos hacia el gran rectángulo por donde se está yendo la luz.

Un rectángulo solamente. Una figura de geometría plana, con sólo dos dimensiones: largo y ancho. No es ni siquiera un paralelepípedo, y esto hubiera sido muy natural. No, es una figura de geometría plana. No tiene espesor de ninguna clase. Una figura limitada por cuatro líneas negras, limitada por ella misma, limitada donde se acaba su cuerpo plano, con la parte superior apoyada en la persiana y la inferior descansando en la cinta vacía, abierta en los mosaicos negros y grises del suelo. Estos son los lados angostos; los más largos no se apoyan en ninguna parte: están simplemente en el vacío, colgando de las líneas negras que limitan la figura.

Pero hacia ella se dirigen los objetos todos del cuarto. Las sillas anchas con sus brazos extendidos y abiertos, acogedores como los de una mujer gorda que desespera por un hombre, con las formas de los cuerpos que habían pasado toda la noche sobre ellas. Y el bar con sus ruedas dislocadas. Las cuatro ruedas del bar miran cada una por su lado contrariándose, sin llegar a ponerse acordes para iniciar un

movimiento dirigido hacia algún lugar determinado. El bar, por primera vez, trata de organizar sus ruedas y llegar al poquito de luz que aún queda.

Los vidrios de las puertas del bar se deslíen en la oscuridad del cuarto al igual que las botellas y los vasos apretujados encima de él, abrumándolo con su peso inútil, un peso demasiado grande pues las botellas y los vasos se han llenado de esa oscuridad densa, mucho más pesada que los líquidos. Y el bar se queda quieto en el centro del cuarto, despatarrado como un ternero al que hubieran dejado caer sobre un charco de asfalto.

Un vaso parecía haberse bajado del bar y casi llegaba a la cinta fija sobre los mosaicos, logrando escapar de la oscuridad. Pero no escapa del todo; el cristal sigue diluido en la negrura y sólo se ve un cilindro aplanado y quieto, con el color del té, que se (…) del suelo. Y sobre el cuerpo del cilindro, un labio, uno solo y rojo, intensamente rojo, que cuelga en el vacío, a corta distancia del cilindro aplanado y exactamente encima de él.

2 — Esto fue lo que Ella pensó: "Que no podría determinarse si la luz se escapa por la abertura de las láminas de la persiana, si es aspirada desde afuera o absorbida por el piso. Huyó hacia abajo, incrustándose en los mosaicos, abriendo esa raya gruesa y sin color donde las colillas estaban fijadas fuertemente a su alrededor".

Al detener el pensamiento que recorría el cuarto trabajosamente como un automóvil que transita dando tumbos sobre una carretera llena de baches, y fijar la vista sobre el labio, uno solo, el inferior, que cuelga en el vacío, tuvo la certeza de que la luz se escapaba, acabaría por dejar el cuarto en una oscuridad completa, impenetrable, que todo se quedaría colgando en el vacío, como el labio sobre el cilindro aplanado.

Un temor súbito, violento, un espasmo incontrolable le recorrió el cuerpo desnudo, vuelto sobre el borde de la cama, apoyado sobre los senos, todo el peso sobre ellos, la cabeza muy cerca al suelo y los ojos alucinados en la cinta luminosa con sus colillas, las carbonizadas y las que seguían encendidas sin quemarse. Con un movimiento nervioso alargó el brazo hasta las cuerdas que controlan las láminas dobles de la persiana, los dedos maniobraron torpemente hasta que abandonaron su posición oblicua para ponerse horizontales, multiplicándose los rectángulos luminosos sobre todos los objetos, cubriéndolos totalmente con sus dos dimensiones.

II

1 — A ver, qué va a tomar.

La voz sonó a la altura de su cabeza, un poco más alta tal vez porque el hombre era de regular estatura y Ella estaba sentada, con la cabeza inclinada levemente sobre la mesa lustrosa. Daba la impresión de que el hombre la estuviera lustrando constantemente con su trapo arrugado. El hombre seguía parado frente a la puerta del reservado en la misma actitud mecánica, con el trapo entre sus manos, enrollándolo lentamente y mirándola sin decir nada, simplemente en espera de algo. De algo que Ella tenía que decir, pero que no se atrevía.

"Ahora tengo que decirle qué es lo que quiero comer, y me va a ser difícil —pensó Ella—. Pero tengo que ordenarle algo. No es cosa común que alguien entre a un restaurante que apenas ha comenzado a abrir y se siente en un reservado en el cual hay una mesa a la que ni siquiera le han puesto un mantel y se quede mirando al sirviente sin decir nada".

Ella había entrado allí para comer. Y sabía lo que quería y sin embargo no despegó los labios.

"Es que no me va a ser fácil. El hombre no va a comprender. O va a comprender demasiado bien y esto es lo que yo no quiero. Yo no quiero que comprenda que voy a comer eso, y siendo tan temprano. Lo más natural sería que pidiera un desayuno. Claro, un desayuno y no habrá problemas".

Pero Ella sabía que no era un desayuno lo que necesitaba, nunca lo había necesitado y no iba a ser ahora, después de tanto tiempo, cuando necesitaba un desayuno. A las ocho de la mañana no era lógico que una persona tomara cosa distinta de un desayuno, al menos en ese restaurante. Por eso no iba a ser fácil pedir lo que quería. Porque el hombre la miraría con una sonrisa apenas esbozada en sus labios. Pero esa sonrisa sería una mueca vulgar de complicidad que habría de marcarse en toda la cara, esa cara levemente azulada y recién afeitada. Tan había sido afeitada pocos minutos antes que la barrita de antiséptico había dejado su rastro blanquecino cerca a la barba.

"Sí. Cómo no lo noté hasta ahora —pensó otra vez Ella—. Este es un restaurante demasiado decente. Donde hay un sirviente que se afeita con tanto esmero, tiene que ser un lugar decente. No recuerdo haber visto nunca a El Cachaco afeitado, y eso que he comido en su restaurante un millón de veces y él es el dueño. Aquí me va a ser difícil. Si pudiera salir de este sitio sin que nadie lo notara. Si él se quitara de la puerta y me dejara ir..".

—Dígame qué va a tomar por fin.

La voz del hombre sonó a la misma altura que la vez anterior. Un poco más fuerte, pero nada más. A la misma altura, sobre su cabeza,

sólo que las palabras habían sido dichas con una velada impaciencia, no tan velada que Ella no pudiera notar su intención.

—Me trae la carta, por favor.

El hombre giró dentro del marco de la puerta y salió por el pasillo.

2 — Ella lo vio alejarse con andar firme y decidido, andar de una persona que sabe exactamente a dónde va y lo que tiene que hacer. Lo vio alejarse hasta que la línea verde de la puerta lo cortó, borrándolo de la perspectiva que se iniciaba en las cuatro líneas verdes de la puerta del reservado y se extendía en blanco hasta que las líneas verdes volvían a aparecer, truncando el dibujo con un trazo transversal y fuertemente definido.

"Yo sé qué quiero. Nada de lo que diga en esa carta va a hacerme cambiar de parecer sobre lo que necesito tomar. Siempre tomo lo mismo después de una noche como la que he pasado, y me hace bien. No es hora de cambiar. Pero era necesario que ese hombre desapareciera de ahí, que se fuera a alguna parte para yo poder decidirme a pedir lo que quiero. Y no sé por qué no me atrevo a pedirlo, para lo que me importa a mí lo que él piense, de todas maneras no va a ser peor que la realidad. Pero es que no puedo ver mucho tiempo esa cara rasurada y ese trapo que envuelve y desenvuelve entre sus manos sin experimentar el deseo de envolverle la cara limpia y cuidada en el trapo sucio que estrujaba constantemente".

Otra vez volvió a asaltarle esa especie de temor, esa sensación desagradable que se experimenta cuando se está en un sitio que no dominamos. Uno piensa que alguien va a decirle que se vaya, que no es su sitio. Ahora en ese restaurante en el que nunca había estado y que se le antojaba lujoso, se sentía incómoda y hubiera deseado no entrar. No era que le importara mucho que la echaran de allí, no iba a ruborizarse, de eso estaba segura, sino que estaba cansada y no deseaba volver a andar cuadras y cuadras sin encontrar un automóvil u otro restaurante donde descansar.

Estaba allí por casualidad, no porque Ella escogiera ese restaurante por su propia voluntad. Al salir del apartamento había buscado un automóvil, pero era muy temprano, alrededor de las siete, y no encontró ninguno. Anduvo unas cuadras, pero sin resultados. Se había detenido en una esquina tratando de localizar una tienda y estaba parada en la curva del andén, con su cartera negra casi tocando el suelo, cuando el hombre del overol que empujaba un carro de recoger basura puso a discreción su gran escoba y le contestó:

—"Un teléfono?… Dos cuadras a la derecha y encontrará el restaurante". Y después de una pausa, echándose su gran escoba al

hombro con un movimiento rápido como si fuera un fusil:

—“No sé si esté abierto tan temprano”.

Y Ella había seguido las instrucciones del hombre del overol. Caminó las dos cuadras llevando su cartera negra casi tocando el suelo con la correa sostenida entre los dedos.

Las dos cuadras le parecieron demasiado largas. Era que la cabeza le comenzaba a doler un poco y a querer írsele indistintamente sobre el hombro izquierdo y sobre el derecho. Un dolor tenue, que se insinuaba hacia las sienes con golpecitos pequeños, muy pequeños, casi imperceptibles, pero constantes y en un *crescendo* perfectamente medido. La cabeza la molestaba bastante. Allí se radica siempre todo el malestar, todo el desgaste del cuerpo se va a la cabeza sin que podamos impedirlo.

Las dos cuadras se alargaban infinitamente. Los zapatos con el esmalte negro rayado en todas direcciones producían un ruido monótono al chocar contra el andén uno tras otro. Pero, al parecer, no se movían, no avanzaban. Los tacones sonaban acordes con los golpecitos intermitentes que le oprimían las sienes.

Bajó la vista hasta que las puntas rayadas de sus zapatos negros interfirieron con exactitud su campo visual. Los andenes estaban divididos en pequeñísimos cuadros grises, esto lo había observado bien, en cuadros grises que se sucedían unos a otros en un desfile desesperante. Los ojos sin brillo siguieron un momento ese desfile de los cuadros grises, un momento apenas pero a Ella le parecía que llevaba horas y horas haciendo pasar la vista de una puntera rayada a un montón de cuadros grises, de los cuadros grises a una puntera rayada, y así sobre una pantalla se estuviera proyectando un filme demasiado lentamente y de una sola escena.

3 — El hombre del overol volvía empujando su carro de recoger basura. Ella dejó de ver la puntera rayada y los cuadros grises cuando el hombre del overol comenzó a rastrillar la gran escoba sobre el pavimento humedecido. La escoba caminaba sobre sus millares de patas delgadas y oscuras como una gran procesión de arácnidos, produciendo un ruido atormentador, un ruido formado de pequeños ruidos que se sucedían en apretados pelotones, un ruido maleable, como el que hace una procesión de arácnidos al caminar sobre la hojarasca. Un ruido de esos que se suben al cuerpo y lo envuelven con su tejido pegajoso. Que se suben a los oídos y absorben los demás ruidos para quedarse ellos solos en los pabellones.

Ahora avanzaba. Avanzaba rápidamente, abarcando con su paso cada vez mayor número de cuadros grises. Era casi una carrera, una huida desesperada del ruido que la perseguía con sus partículas

pegajosas, amenazándola con envolverle el cuerpo.

—Si lo que usted quiere es un automóvil tendrá que esperar que abran el restaurante.

El hombre con su ruido atormentador y pegajoso la había alcanzado en su huida. Pero ya no había ruido, había cesado súbitamente cuando el hombre aprisionó la gran escoba impidiéndole andar con sus patas delgadas y oscuras. La sostenía quieta agarrándola por el asta larga y aunque algunas patas se movían no lograban avanzar quedándose en silencio. Y volvió a hablar o siguió la frase pero Ella no podía saberlo pues miraba temerosa la gran escoba prisionera en las manos fuertes del hombre vestido de overol.

—Por aquí nunca pasan automóviles tan temprano, niña. Nunca pasan tan temprano.

—Pero el restaurante a qué horas lo abren? —había dicho Ella en un tono cansado, de cansado desinterés porque realmente no le importaba que abrieran el restaurante o no. Ella quería un automóvil y nada más.

—Pues ése lo abren a las ocho… a veces a las nueve. No se sabe. Yo no veo nunca cuando lo abren pues el camión me recoge antes.

—Qué hago para un automóvil—. Ya la voz sonaba angustiosa, casi desesperada. —Y es que no es posible conseguir un automóvil cerca de aquí.

El hombre del overol, las manos sobre el mango de la gran escoba, la miraba con una expresión de curiosidad creciente. La recorría con los ojos. La mirada del hombre del overol le transitaba por el cuerpo desde las punteras rayadas de los zapatos negros hasta los ojos quietos, semicerrados por las pestañas desordenadas, curvándose en la línea redonda del vientre y deteniéndose unos instantes en los senos desdibujados suavemente debajo de la blusa roja y temblorosa al viento, como si fuera piel. Ella abría los ojos un poco y se movía hacia algún lado para quitarse de los senos la mirada hambrienta del hombre del overol.

Así la habían mirado siempre los hombres y no podía decir que le disgustara. Pero ahora no le hacía ninguna gracia. No le sería fácil explicar por qué le molestaba que el hombre del overol le lamiera el cuerpo con los ojos. Había muchas cosas que hacía pocos meses le gustaban o al menos las soportaba sin esfuerzo alguno y ahora la molestaban.

Al fin la mirada sobre los senos era lo de menos. Era cuando le miraban el vientre ligeramente curvado cuando no podía soportarlo. Tenía miedo que le hicieran daño. Un miedo enfermizo. Eso no lo podía controlar. Y después era asco, asco de que alguien le mirara el

vientre.

4 — La sombra de un hombre se fraguó débilmente sobre la mesa lustrosa.

—Por qué te fuiste?

Schneider decía las palabras secamente, casi con rabia. —Qué haces aquí?— No esperaba respuesta. No dejaba espacio para que se le pudiera contestar. —Vámonos al apartamento, allá nos llevan el desayuno. Yo lo he ordenado ya. Todavía las palabras eran secas, cortadas las frases. Schneider siempre hablaba con frases cortadas. Aunque había nacido en la ciudad, hablaba con ese acento que les viene grabado en la lengua a los hijos de los extranjeros, más propiamente a los hijos de los judíos.

Ella lo vio parado al lado de la mesa. Se veía claramente que se había vestido de prisa. Los cabellos en desorden, los pantalones de lanilla azules con los dobladillos subidos sin ningún esmero, la camisa ajada, la misma camisa de cuadros que le había visto la tarde anterior, los zapatos de tenis con los cordones sin amarrar y los pies sin medias. Era seguro que Schneider la había estado buscando. Al despertarse notó que ella se había ido y vistiéndose rápidamente, sin ningún cuidado, con lo primero que encontró, salió a buscarla.

Schneider sabía que no podía ir muy lejos. Es más, al no verla en ninguna de las calles cercanas a su apartamento fue derecho al restaurante con la seguridad de que la encontraría allí.

Schneider siempre procedía lo más juiciosamente posible. Su mentalidad calculadora y comercial conservaba el equilibrio aun en los momentos más apremiantes. Schneider lo calculaba todo y nunca procedía desordenadamente.

Eso había dicho Sami una vez que Ella le preguntó si Schneider era (…). Sami se lo había presentado una vez hacía dos o tres años, cuando lo encontraron al salir de un teatro y los llevó al hotel en su automóvil.

Schneider la había mirado fijamente y tendiéndole la mano dijo un nombre que Ella nunca pudo entender. Y luego, dirigiéndose a Sami le palmoteó el hombro, exclamando maliciosamente: “Te felicito”. Ella sonrió complacida, sonrió como siempre lo hacía cada vez que un hombre la miraba fijamente y decía algo mirándola. Pero Sami se había quedado serio, no contestó la frase de Schneider y cuando él le ofreció el automóvil, al principio no quería aceptar. Pero ella insistió y al fin Schneider los llevó al hotel.

Schneider la había mirado fijamente varias veces y hasta le rozaba la pierna con la de él cada vez que tuvo la oportunidad en el trayecto al hotel.

Después de esa noche lo vio otras veces, pero siempre en compañía de Sami. Schneider la miraba del mismo modo que la primera vez y decía frases intencionadas que a Sami no le hacían gracia, como no le hacía gracia nada que se refiriera a Ella.

Pero un día la encontró en la puerta del hotel, detuvo su automóvil y la invitó a subir.

—Voy aquí cerca —había respondido Ella.

Pero él insistió en llevarla y subió al automóvil. Dieron un largo rodeo antes de llevarla donde Ella le dijo. Durante el paseo la había enamorado francamente. Ella no lo rechazaba del todo, nunca rechazaba a ningún hombre del todo, sino que sonreía a cada palabra insinuante que él decía. Le sonreía y cambiaba de conversación haciéndole alguna pregunta tonta. Cuando paró al fin frente a un almacén y ella le tendió la mano para despedirse, Schneider le dijo:

—¿Cuándo puedo volver a verla?

Ella respondió con un tono natural:

—Cuando usted quiera; puede ir a visitarnos cada vez que le provoque.

—Es a usted a quien quiero ver, no a ustedes.

Ella sonrió otra vez y él propuso rápidamente:

—Vamos a pasear una tarde de éstas; yo voy por usted mañana. Acepta?

Intimismo

La cerilla comenzó su recorrido. Fue apenas el comienzo. La iniciación de un movimiento incalculable, del que no se podía decir cuánto duraría. La cerilla había comenzado a moverse sobre los cristales rotos y erizados: desde este momento en adelante todo se podría contar: el movimiento, el sonido, el tiempo: antes no. Fue apenas el comienzo. De lo que no se puede decir nada, porque no hay nada anterior.

Y con el primer sonido el hombre sintió. No pensó, esto comenzó mucho después, sintió, sólo sintió. Desde ángulos invisibles le llegaron las sensaciones. Primero lentamente. Luego en desorden y simultáneas.

(El calor se iniciaba débilmente en un punto sin determinar. O en un millón de puntos perfectamente determinados. Al principio estaba muy lejos. Pero se le sentía andar. Trabajosamente, porque la gran masa se tendía sobre él, sofocándolo y dificultándole el desplazamiento. Pero luchaba. Infiltrándose. Y descendía. Y a medida que avanzaba iba creando debajo de lo increado una blanda superficie. Dócil a su paso. Que tomaba las formas que él le iba dando. De pronto el calor se bifurcó bruscamente, alejándose de sí mismo en direcciones opuestas, despedazando su unidad en diez pequeños calores convenidos que estaban esperando al final de las dos direcciones. Un globo congelado fue roto silenciosamente sobre la gran masa. Los pedazos se licuaron, iniciando sus curvas húmedas: redondeándolas: contribuyendo con las elipses y las parábolas al dibujo final. El calor se desbordó sobre la masa informe; recorriéndola totalmente, creó el cuerpo alargado del hombre).

La cerilla había iniciado su recorrido desgarrándose contra la áspera superficie. Y éste fue el comienzo del sonido. A pesar de haber entrado al espacio de lo mensurable no podía decirse cuánto tiempo había estado moviéndose ni cuánta superficie había recorrido. Lo importante era que todo estaba creado: ya no fue más el comienzo.

(De lo más cerca a su vientre, desde el nacimiento de una pierna le llegó al hombre la noción de un cuerpo que se desprendía del suyo. De su propio cuerpo recién creado hacia el lado izquierdo, se desprendió primero la sensación de un muslo. Y luego, avanzando hacia el pecho, sin límites precisos todavía, se desprendieron volúmenes y planicies blandos, sensaciones que habían formado parte de su propio cuerpo y que tomaban forma sólo después de que habían cesado, después de

que la noción del desprendimiento había cesado. Y aún más arriba, después del espasmo del pecho, después de que le destaparon la boca y sintió que le nacían los labios y el aire grueso le llenó el cuerpo vacío, fue cuando sintió la cabeza que se desplomaba al lado de la suya. La sintió caer desde lo alto de sus párpados y la siguió a lo largo de su mejilla en el lento descenso).

No fue más el comienzo, porque del tiempo cero y del sonido cero y del movimiento cero se había principiado a medir. Sin embargo, los números estaban todavía a la espera. No se podía detener el sonido, ni detener el movimiento, ni detener el tiempo, para decir su medida y como la cerilla persistía en su doloroso recorrido: los números tenían que estar a la espera.

(El aire que le había llenado el cuerpo, formándolo por dentro, dándole volumen le trajo el olor. La sensación llegó hasta el hombre, única y perfecta. Dominándolo todo. Invadiendo las sensaciones vigentes. Haciéndose única. Lo sintió amontonarse al lado izquierdo, sobre los miembros que se habían desprendido de su cuerpo y habían formado una sensación independiente. Sintió su intermitencia. Su fuerza. Su monótona y extraña complejidad. Pero el primero, simple y complejo olor, se rompió violentamente contra un nuevo y palpable olor. Hacia la izquierda, hacia donde las sensaciones se perfeccionaron, se formó el frío. Los miembros desprendidos se desplazaron abriendo un angosto espacio, donde penetró el frío. Hacia el lado izquierdo resbalaron las esferas helándose de pronto. El espacio se agrandó más y el total cuerpo del hombre, el lado derecho también se dirigió suavemente hacia la izquierda.

Entonces fue cuando el brazo izquierdo del hombre se fraguó en toda su brusca y potente realidad, ocupando todas las sensaciones y convirtiéndose en cuerpo y centro del hombre. Desde los dedos perfectamente conscientes hasta el bíceps oprimido, se extendió el conocimiento del cuerpo del hombre. Los miembros dispersos encontraron su unidad, su blanda y húmeda unidad, y el hombre la sintió creada por su infinito brazo izquierdo. Y sobre su brazo izquierdo el hombre sintió el desplazamiento del otro cuerpo).

Cuando llegó al punto convenido, al punto que nadie puede prever ni calcular, pero que es el punto convenido: la cerilla se deshizo con el ruido de un papel que se estruja.

(El hombre sintió la luz. La sintió alejarse disforme y quieta sobre tres dedos oscilantes. La sintió crecer y diseminarse entre los tres dedos oscilantes. La sintió cuando era absorbida y desaparecía sobre sí misma. El hombre sintió la esfera rojiza que desde la desaparecida luz avanzaba sobre él. Todavía sintió el aliento de humo que le cubría la

cara, confundiendo los olores. Todavía sintió el cuerpo vecino comprimiendo el espacio del frío. Todavía sintió los senos fundiéndose sobre su pecho. Todavía el breve calor de las palabras iniciadas sobre su mejilla. Todavía estaban vigentes todas las sensaciones).

Hasta que la mujer habló:

—Dame otro cigarrillo.

Y entonces fue cuando el hombre comenzó a pensar.

En la 148 hay un bar donde Sammy toca el contrabajo

Era porque siempre había estado solo. Porque la soledad le había atado las manos a la larga línea de madera de los bares. Y aun en medio de la gente, en el centro de ese tumulto quieto, lleno de otras soledades quizá más profundas que la de él, siempre estaba solo. Se abría paso en el silencio pesado, contenido, casi negro, trabajosamente, pues su soledad era demasiado pequeña y se perdía entre esas soledades tan antiguas y gastadas contra las paredes de las cantinas. Y él no lo sabía. Él estaba solo. Solo con su soledad que todavía era demasiado pequeña para llenarle el cuerpo alto y delgado.

Las veía, a lo largo del bar. Y podía nombrarlas con nombres de mujeres y de hombres. Pero eran solamente soledades. Sammy, Sam Carlton con su gran soledad yendo más allá del tamaño de su pequeño cuerpo, honda, llena de *blues* y de recuerdos que comenzaban en algún pueblo de Georgia, negra y cada día más y más simple y desesperante. Sammy creía que podía dejar su soledad atada a cualquier bar e irse a Inglaterra. ¿Quién le habría dicho a Sam Carlton que Inglaterra era como Suramérica? ¿Quién cantaría los *blues* detrás del contrabajo, más alto que él, y frente a la bola plateada del micrófono en
L-Bar?
Sammy no había hablado con nadie de esto: él lo adivinó, el muchacho alto y delgado, el de la pequeña soledad.

Y Penny Shannon, con su vientre llano donde había fracasado su hijo mulato, diciendo las palabras, nada más las palabras, de los *spirituals*. Y, sin saberlo, él comenzó a hacer más grande su soledad y la de Penny Shannon.

Y Rita, alta, dura, fumando unos cigarrillos extraños, que nadie había comprado antes, que ni siquiera comprarían porque nunca le habían preguntado de qué clase eran. Ella simplemente tiraba el paquete plateado, con pequeñas letras azules que nadie sabía qué decían porque no se habían detenido a leerlas, a ponerlas juntas y decir en voz alta el sonido de ellas, no de cada una separadamente sino de todas, unas detrás de otras. Rita ni siquiera jugaba con el paquete, como hacen todos los fumadores; simplemente, iba sacando uno a uno los cigarrillos, iguales a cualesquiera otros, saliendo iguales de un paquete que era diferente. Sacándolos uno a uno y fumándolos lentamente, demasiado lentamente quizás, y llenando los pequeños ceniceros de colillas iguales, incoloras.

La voz de Sammy venía del *back-room*, a través de la puerta cerrada. Pero Rita estaba sentada entre la voz y él, la soledad de Rita entre la voz de Sammy y la soledad pequeña del muchacho. Y Rita no dejaba que la voz fuera oída por nadie más que por ella. La perseguía desesperada y aun los más pequeños sonidos los retenía y no dejaba que nadie los oyera. Pero él sabía que Sammy estaba cantando y podía ver las palabras, verlas, no oírlas, pues Rita se quedaba con todo el sonido. Pero él veía las palabras. Largas, casi informes, pero largas, lentamente largas. Lentas, casi tan lentas como Rita. Palabras largas y lentas que Sam Carlton había aprendido en Georgia. Algunas de ellas negras. Otra blancas. Pero siempre largas y lentas. Y él veía estas palabras venir desde la soledad de Sammy y no podía comprender por qué eran siempre iguales, las mismas palabras, iguales, invariables, como si Sammy no supiera otra canción. Tal vez no sonaran iguales, pero esto no lo podía decir él, pues Rita era la dueña de la música. Tal vez para Rita eran diferentes palabras cada noche. Esto no podría saberlo nunca. Tampoco le interesaba saberlo. Él se quedaba allí, al lado de Rita, al lado de su paquete plateado de cigarrillos, viendo las palabras iguales que Sammy decía frente al micrófono en el *back-room*, y sintiendo que Rita trataba de llenar su soledad con la música que Sammy ponía sobre las palabras de las canciones. Pero era tan ancha y tan sola, que ni aun la música podía llenarla. Esto lo había imaginado el muchacho alto y delgado, el de la soledad pequeña. Pero no podría decirlo por seguro. Apenas lo había imaginado. Y luego olvidado otra vez. Como ya había comenzado a olvidar todo.



ÁLVARO CEPEDA SAMUDIO (Barranquilla, 30 de marzo de 1926 – Nueva York, 12 de octubre de 1972). fue un escritor y periodista colombiano.

Obras: *Todos estábamos a la espera*, 1954; *La casa grande*, 1962; *Cuentos de Juana, 1972*. Recopilación de la obra periodística juvenil por Jacques Gilard, *En el margen de la ruta*, 1985.